QUÉ GRAN RECOMPENSA ES PARA UN NIÑO
PARTIR SIN LOS DOLORES DE ESTE MUNDO:
SIN SOLEDAD, INCOMPRENSIÓN NI QUEBRANTO.

Y ALLÍ PRESENTÍ SU DICHOSA PRESENCIA,
GOZO INFINITAMENTE RENDIDO ANTE LA DICHA
DE SU CARIÑO CADA VEZ MÁS CERCANO.

ASÍ, TODA NIÑA INVOCADA POR SU MADRE
REGRESA, RENUENTE A NUESTRO LLANTO,
PUES YA POR TI FUE ALUMBRADA EN EL EDÉN.

HIMNOS A LA MUERTE

Hugo Noël Santander

El primer poemario de Hugo Santander, Himnos a la Muerte, es una gran elegía a la muerte de su hermanita cuando ella tenía dos años y él diez años, tragedia que lo dejó "huérfano" y que cambió su vida y su forma de ver el mundo para siempre. Es un duelo que le dejó una llaga abierta mucho tiempo y cuya cicatriz aún le causa escozor. Es también una bitácora de viaje en el espacio y el tiempo, pues el autor es un desterrado voluntario que ha recorrido el mundo y vivido mucho tiempo fuera de su país, Colombia: Cartagena y la costa del Caribe, los países europeos (Inglaterra, Francia), Asia,

HUGO NOËL
SANTANDER FERREIRA

HIMNOS A LA MUERTE

Hugo Noël Santander Ferreira

Himnos a la Muerte

Poemas

Santaley Publishing – Libro electrónico y edición impresa
Edición original 2026
consultoriasstanley@gmail.com

Hugo Noël Santander Ferreira © 2026

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, así como su utilización en cualquier forma o por cualquier medio, sin la autorización expresa y por escrito del editor, a excepción de las citas breves incluidas en reseñas.

SBN: 979-8-7779-6137-2
Diseño de cubierta y contraportada
© Leyla Tobías de Santander
Maquetación del libro electrónico y de la edición impresa: Leyla Tobías de Santander
Fotografía: Hugo Noël Santander Ferreira
Impreso y producido digitalmente en América

Todos los derechos reservados

A Yaneth Cristina Santander
(1977–1979)

Juntos tejimos la casa, la vereda,
el barrio por dos años que se fueron
para estar por siempre, amor que espera
en los ojos que los tuyos vieron.

A mis diez años mi hermana sufrió
de gastroenteritis, taimada dolencia;
el fuego de su fiebre no mermó
y fui alejado de su presencia.

Oré compungido por su agonía
hasta que al alba, sin aliento,
supe que mi nena ya no sufría;

el firmamento cayó por siempre,
mi corazón se volvió abrojo,
el sol abrasó toda simiente.

Índice

PRÓLOGO DE FRANCIS MESTRIES 11
PREÁMBULO DEL AUTOR 17

HIMNOS A LA MUERTE 19

Reyes del Mundo *21*
Invierno y primavera de 1997 ..... *24*
Su muerte *27*
Manitas para palpitar *31*
Una misma sombra *33*
Epitafio *35*
Elogio de la santa muerte *37*
Carmen *40*
Alix *43*
Zorayda *45*
Ulysse *47*
Flavio *48*
El Colegio San Pedro Claver *51*
Lina *53*
Palabras que dieron luz y claridad a mi infancia *54*
Te fuiste ángel mío de mi lado *56*
A mi Chiquitina del Alma *58*
Ensueños *60*
Metal eterno *62*

SOBRE LAS PLAYAS GRIEGAS 63

Dido *67*
Gea *68*
Deméter *69*
Perséfone *70*
Hermione *72*
Afrodita *73*
Palas *74*
Hera *76*
Ifigenia *77*
Andrómeda *78*
Aracne *79*
Andrómaca *81*
Antígona *82*
Clitemnestra *83*
Helena *84*
Electra *86*
Medea *87*
Eurídice *88*
Penélope *90*
Ión *91*

Dafne 92
Safo 93
Casandra 95
Ariadna 96

CIUDADES QUE ME DESTERRARON **97**

Bucaramanga 1985 ..... *101*
Cartagena 1985 ..... *103*
Palermo *104*
Bogotá *105*
Filadelfia *106*
Narberth *108*
Chicago *109*
Oporto *111*
Bowdon *113*
Córdoba *114*
World Trade Center *116*
Altrincham *118*
Bishkek *119*
LONDRES *121*
Acapulco *124*
Paris *126*
Chennai *128*
Hyderabad *130*
Frankfurt *131*
Querétaro *133*
Bacatá *135*

PLEGARIAS **137**

Gratia Plena *141*
Dominus Tecum *142*
Magallanes *144*
Confesión *145*
Adonaí *146*
En tu Mar *148*
Al Suicida *149*
Penitencia *150*
A Jesús *151*
Esfuerzos *153*

EL AZAR Y LA NIEBLA **155**

Heridas *159*
Ojos *160*
Reprensiones *161*
Incertidumbres *162*
Bardos *164*
Civilización *166*

Ennui *167*
La promesa *168*
Coincidencias *169*
Veranos *170*
Ilusiones *172*

Prólogo de Francis Mestries

El primer poemario de Hugo Santander, *Himnos a la Muerte*, es una gran elegía a la muerte de su hermanita cuando ella tenía dos años y él diez años, tragedia que lo dejó "huérfano" y que cambió su vida y su forma de ver el mundo para siempre. Es un duelo que le dejó una llaga abierta mucho tiempo y cuya cicatriz aún le causa escozor. Es también una bitácora de viaje en el espacio y el tiempo, pues el autor es un desterrado voluntario que ha recorrido el mundo y vivido mucho tiempo fuera de su país, Colombia: Cartagena y la costa del Caribe, los países europeos (Inglaterra, Francia), Asia, Estados Unidos son los escenarios de estas trashumancias; en un tiempo transcurrido entre los años setenta, edad de su infancia y de su pérdida fraterna, y los años 2000, últimas trashumancias. La muerte de su hermana parece haber sido uno de los disparadores inconscientes de sus vagabundeos y de su búsqueda espiritual. En efecto, el poemario es también la historia de un camino al encuentro de Dios y de comunión con Cristo y con la Virgen.

En *Reyes del Mundo*, el poeta nos habla de su amor por su hermana, y de su repentina enfermedad y muerte. La muerte de su hermana fue la muerte del niño que era, de ese paraíso de la infancia donde vivía feliz, en total empatía con su hermana que era el rayo de sol de la familia, y en armonía con el universo:

Tu partida inesperada es mi partida
¿Adónde has ido?
Tus abrazos, tus respuestas aún regresan
¿Adónde, hermanita, amiga mía?
¿A qué viniste, Cristina?
¿A padecer acaso el universo?

En otro poema narra la enfermedad de su hermana, su tormento médico en el hospital, y su separación, como si le arrancaran un pedazo de su cuerpo:

Vimos su rostro sesgado por serpientes,
Agujas que herían sus brazos,
Electrodos traspasando sus bronquios (…)
El universo enmudeció, el sol descolló
Y ella, confundida, dejó sus ojos risueños

En efecto, a pesar de los conjuros, plegarias y presagios, las tejedoras de mortaja acabaron su tarea.

La noche cayó en ella
y yo en ella, desvalido
Cada noche me acerca hacia sus brazos

La noche la invadió e invadió todo el mundo del poeta, y desde entonces la noche es el lugar donde ella lo visita, y con la lluvia le dibuja risas y mariposas en la ventana. Su amor perdurará más allá de la muerte de su hermana, porque el Amor es más duradero que la vida y la muerte, y permite al hombre trascender su finitud para alcanzar la eternidad:

La vida pasa; el amor, en cambio, es para siempre
Allende, tu inocencia renace en la alborada
Sobre las risas grises y las agrias noches

En *Invierno y primavera de 1997*, la visión del autor sobre la muerte se universaliza para descubrir, a través de sus correrías sin rumbo por el mundo, su extranjería consubstancial, sus encuentros amorosos casuales, su condición de desterrado de la dicha de la vida:

Periplos por un globo enfermo navegué
Copulando sobre túmulos de piedra
Destruidas las playas que albergaron sus bailes

Y concluye con este lamento desgarrador:

Nadie perece hasta que su bienamado muere

Y esta conciencia de la muerte "contamina" todas las cosas; todo es relativo, incluso lo efímero del reino y de los estados, a través del estribillo:

Cuántas naciones han muerto, cuántas sobreviven.

"Epitafio" es una elegía-plegaria a su hermana y al Amor, pues su hermana era la encarnación del Amor, que borró la terrible presencia

de la guerra y sus hecatombes. "Mamita Carmen", su nona, es la intuición de la certidumbre del reencuentro del poeta con su hermana en la otra vida, como Mamita Carmen le abrió sus brazos a su hermana en el paraíso. Ella era la figura maternal, encarnación de la bondad, que resistió a la mala suerte y a los chismes de los "bienpensantes" de sacristía, reminiscencia de *Los maderos de San Juan* de Silva. En *Elogio de la muerte*, puerta a la vida eterna, que libera al hombre de su prisión de polvo ajeno y presuntuoso; su salvoconducto para reencontrarse con su hermana. Pensamos en Jorge Manrique y sus *Coplas a la muerte de su padre*, y también en León de Greiff y su poema *Señora Muerte*.

Sobre las Playas Griegas utiliza como figuras retóricas las diosas y heroínas de la mitología griega. En *Gea*, el poeta se vale de la alegoría de la diosa de la Tierra y compara su separación de la mujer amada con el abandono de la Madre Tierra por los hombres, que la maltratan y la injurian con "la impostura de las ciudades". Resalta en estos poemas una visión melancólica del amor, pues el autor experimenta en sus exilios amores clandestinos, fugaces o imposibles, frutos de encuentros casuales.

Antígona es el símbolo del deber de memoria, de honrar a los muertos; es para Hugo la imagen de su amor de adolescencia frustrado que fue parteaguas en su vida, y que recobra al recorrer calles y esquinas de su juventud. Así mismo, en *Dido*, el poeta se identifica con la reina derrotada de Cartago que se lamenta por la destrucción de su ciudad, y por la muerte de su amor; para el autor, encarna la inocencia de la "juventud, que es una barca que no regresa".

En *Ciudades que me Desterraron*, Hugo Santander nos lleva de la mano por sus trashumancias por ciudades del mundo. Utiliza un recurso retórico, la antropomorfización de las ciudades que recorrió, que convierte en mujeres, como Baudelaire, Apollinaire, Cendrars, Eliot, López Velarde, etc.

Inicia con *Bucaramanga*, ciudad natal del autor, que recuerda como un perdido Edén, hogar de la sombra tutelar de sus ancestros, de su primer estremecimiento amoroso, sentimiento que experimentó por su hermana pronto desaparecida. El eterno Ulises caminante añora su Ítaca, su raíz y su solar:

Cuyas ánimas desde el valle de los muertos
Conducen mis palabras desde ventanas seguras

Y donde está vivo la fuente de su recuerdo, el recuerdo de su hermana que le dejó la revelación del amor y de la eternidad:

El infinito brota del primer tronco

Cartagena es una muchacha que amó en su adolescencia, y que añora evocando la magia de noches y albas en la playa, pero este amor puro naufragó en el destino de los bajos fondos de esta ciudad de perdición. *Bogotá* es la gran Puta, la urbe de oligarcas hipócritas que asesinan con la ley en la mano, de leguleyos enviados a legalizar el despojo, de beatas y mochos que santiguan sus orgías, de beodos santurrones, ciudad putrefacta que avanza titubeante pero no acaba de morir. En *Filadelfia* se trasmina el desencanto del autor que se dejó encandilar por sus torres luminosas y se convirtió en lacayo de los poderosos, sin dejar de ser un inmigrante con ínfulas de WASP en esta ciudad construida sobre los cuerpos de esclavos, ilegales y polizones. Así mismo, en *Chicago* el poeta sufre su condición de presidiario en "un país de prisioneros", que internalizan las mazmorras y las macanas; condenado a sobrevivir en barrios bajos, se deja consolar por "meretrices y mercaderes" que lo atraen reluciendo sus señuelos o "venenos", y se refugia en el recuerdo de "su casa", aunque sea otro infierno. *Oporto* es la ciudad de palacios y glorias decadentes, cuyo abolengo lo fascinó al inicio, pero es una ciudad "donde nadie en sus predios era libre". En cambio, *Córdoba* es la amante sensual de vientre cobrizo y de torres (pechos) dorados, donde el poeta exorciza la nefanda historia de la Conquista, y donde se refresca al cauce del gran río nutrido por sus tres afluentes: gótico, sefardí y musulmán. El "World Trade Center" de N-Y. es un espejismo que da la ilusión a los indocumentados desempleados de compartir el vértigo imperial de la dominación del mundo, "en la cumbre de todas las naciones", sin darse cuenta de que, como la Estatua de la Libertad que "derrite su cal en el mar", estas torres pronto serían derribadas por "otros herejes". En *Bishkek* el poeta lamenta la caída de esta ciudad opulenta que fue "imperio de la seda" y el derrumbe de las ideologías de justicia social que quisieron transfórmala y acabaron en corruptelas, y su triste condición actual indigente y servil ante la potencia más rica. Vagabundeos por el mundo que dejan experiencias y aventuras, pero también una mirada desengañada sobre los países del primer mundo, y el escozor de las "saudades" de sus ciudades de la infancia.

La fibra religiosa del poeta se explaya en la siguiente sección del libro: *Plegarias*. El autor recuerda a sus lecturas bíblicas y a los grandes poetas místicos españoles para expresar su fe profunda. Así, *Gratia plena* es un cántico a María, refugio del autor en sus desventuras, protectora en los casos desesperados: "Cuando las tumbas brotaban/ tú siempre en el

silencio estabas". En el poema *Dominus Tecum*, Hugo emplea metáforas de la naturaleza, como en el *Cantar de los Cantares* y en San Juan de la Cruz, para aquilatar la belleza física y espiritual de la Virgen:

Ante mí fulguraste sosegada;
Cada madre podía irradiar la luna
En tu luz el aleteo de las aves
La caricia del ciervo en tus cabellos
La tersura y la fragancia del olivo
Son destellos de un día apacible

El carácter veleidoso y voluptuoso del autor se sosiega ante ella, al percatarse de que la carne es débil, y que la humildad ante ella es la clave de la resurrección, porque ella es "Amor, amor sin muros". En *Confesión*, el viaje es una metáfora del paso del tiempo, que el espejo va grabando en el rostro del autor. Pero el espejo es también un armario que guarda sus edades pasadas, una puerta hacia su doble, su "doppelganger", que quedó en el pasado, al lado de una mujer francesa que amó en el Sur de Francia. Finalmente, el espejo esconde un "ánima que persiste" más allá del tiempo. *Adonaí* es un poema de gratitud a Adonaí, Cristo, Dios, cuya visión iluminó al poeta en las alturas de los Andes. Al enfrentar los peligros de su vida aventurera, de los que salió bien librado al encomendarse a Él, dejó su manto de soberbia romántica de juventud para acogerse a su amparo:

Solo tú, Adonaí, me salvaste del puñal;
Me entregaste la sabiduría, Adonaí

Por último, *Penitencia* es un canto al amor físico, en contra de la hipocresía de los doctores de la fe, los mochos y beatas; el poeta convoca a Swedenborg para afirmar que el éxtasis físico no se contrapone al amor místico a Dios, incluso se pueden confundir, no en su objeto, sino en su impronta en los sentidos y la mente, y en su expresión artística, como en Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

El Azar y la Niebla culmina el libro con reflexiones sobre el sentido o sin sentido de la vida, pues el hombre sigue siendo un lobo para el hombre. En *Heridas*, entre la niebla, al azar de las sombras, Hugo descubre que detrás de sus heridas que la vida le legó, se yerguen sus espinas. *Ennui* es otro nombre del *Spleen* de Baudelaire, remite a los tragos, los cigarros, al hastío y el desengaño: la humanidad se resume en "el puñal y el adulterio", y la vida no se parece a las promesas de un amor de juventud, solo deja una sensación de asco y de tedio, la "guayaba" de

una vida disipada. *La Promesa* es una meditación sobre la inconsciencia e incompletud del ser humano, que destruye lo que ama:

Creé y no creí
Creí y no creé
Amé y desamé

Solo las penas dejan al hombre unas lecciones de vida:
Hay secretos que solo la aflicción revela

En *Coincidencias*, el poeta encuentra un sentido en la belleza de las cosas simples, cotidianas: "El universo es el absurdo más hermoso / que preserva la rosa y su presencia". El autor buscó olvidar el recuerdo doloroso y entrañable de su hermana muerta, mezclándose con los seres de los submundos: inmigrantes clandestinos, vagos, chulos y prostitutas, hasta que comprendió lo esencial:

Sobre un vidrio construimos

Himnos a la Muerte es un libro que contiene destiladas las experiencias y reflexiones de una sensibilidad a flor de piel, expresadas en una lengua sencilla y emotiva, que muestran la madurez de un poeta que une la sensualidad extrema con una espiritualidad original. Más que *Himnos a la Muerte*, este poemario debería titularse *Himnos al Amor*.

Francis Mestries
Ciudad de México, septiembre de 2015

Preámbulo del autor

Este volumen reúne cinco poemarios que compuse en conversaciones solitarias. Descubrí la literatura, como casi todos, en el colegio y mediante una colección de libros infantiles que mis padres nos obsequiaron: hermosamente ilustrados en pasta dura, sus páginas alternaban crónicas de Louis Perú de Lacroix con poemas de García Lorca, adivinanzas populares, fábulas de Perrault y cuentos de las *Mil y Una Noches*, lecturas que animaron mi invención. A los 16 años gané un concurso de poesía a la Virgen en el Colegio San Pedro Claver de Bucaramanga; dos años después publicaba mi primer poema en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Javeriana.

Hacia mediados de 1998 llegué a Portugal, en donde rentamos un apartamento con vista al río Douro, que en español traduce río de oro, y el cual —no hay coincidencias— es el nombre del río que baña los flancos de mi ciudad natal, Bucaramanga. Allí escribí, al año siguiente, un doce de marzo, *Himnos a la Muerte*.

Sobre las Playas Griegas es un canto al amor desde bodas, aventuras e idilios; *Plegarías*, escrita sobre las bellas praderas de las afueras de Manchester, traduce mis conversaciones de soledad en Dios; *Ciudades que me Desterraron* es un estudio de los prejuicios de las sociedades que visité; *El Azar y la Niebla*, un diario de intuiciones poéticas que los años han corroborado.

Agradezco al poeta Francis Mestries, quien, tras mi lectura en el Festival de Poesía de Fusagasugá, se me acercó para decirme lo que todo poeta anhela oír: que mis versos lo habían conmovido.

Agradezco a Zorayda y Flavio, mis padres, quienes me apoyaron en la primera edición de este libro, y a mi esposa, Leyla Margarita Tobías Buelvas, quien hizo posible esta reedición.

Sincelejo, abril de 2026

Himnos a la Muerte

Reyes del Mundo

La edad no disminuye la intensidad del sentimiento
Lautréamont

I

Tú y yo, racimos frágiles
que florecían en las grietas
de una ciudad siniestra
de comerciantes y danzantes.

En tu tez lívida, el afecto
ileso como un crepúsculo sin nubes,
madera de los muros, las montañas
de la materia eterna, el sentimiento.

Tu partida inesperada es mi partida.
¿A dónde has ido?
Tus abrazos, tus respuestas, aún regresan.
¿A dónde, hermanita, amiga mía?

¿A qué viniste, Cristina?
¿A padecer acaso el universo?
Los bosques, las ciudades, ¿fueron nuestros?
Mis lágrimas aún caen en tus días.

Amaste, ¿naciste entonces, falleciste?
La vida pasa; el amor, en cambio, es para siempre.
Allende, tu inocencia renace en la alborada
sobre las risas grises y las agrias noches.

II

En cruceros de cartón surcamos el mar
sobre un andén tan amplio como el mar Caribe.
Aves amarillas graznaban bajo un cielo azul,
de aire endulzado por frutos caídos.

Mis brazos fueron estelas de arena,
columnas a las que te aferrabas
al escuchar rumores, al divisar
ogros y gorgonas, espejismos sobre el agua.

En tu vida inmensa está mi infancia,
no en los negros días, segregado,
ni en las condenas, ni en las reyertas callejeras,
ni en las ejecuciones públicas, lejanas.

El rostro que descubro ante el espejo me es ajeno.
El mío lo perdí cierta mañana de marzo,
en las afueras de un suburbio;
su firmamento, sus aguas, aún lo esperan.

Escarnecido y templado
sobre los trazos de Getsemaní,
con esa sangre en esa arena
redescubro tu afecto en otros rostros.

Otras voces te recordarán, Cristina.
Sin tu agonía jamás habría comprendido
lo inconmensurable de un amor
ni las anchas praderas de lo eterno.

Invierno y primavera de 1997

First learn to love those who are living
Then you may muse on the dead
—Wordsworth

Descalza, sobre las playas del Caribe,
Cristina recorría el mundo a pasos cortos;
sus piernas, salpicadas por las olas,
agitaban la espuma solemne de un océano pacífico.

Cogida de mi mano, mi niña pisaba el agua fría
para retornar temblorosa hacia mis brazos.
Cómo, a veces, cansada de sus juegos,
Cristina se adormecía en mi regazo.
Cómo el universo nos mimaba:
yo, su tutor; ella aprendía.

Cuántas naciones han muerto,
cuántas sobreviven.

Manos que edifican ciudades
y salvan fronteras de una lengua a otra,
con indiferencia plena, paz, querellas
renovadas, ajenas a portamonedas.

Aprueban las asperezas de un horario
y se refugian en su pasado,
como una presa en su guarida.
Y si el silencio de los astros lo consuela,
es inmigrante o criminal por sus temores,
entre cuerpos que prolongan otro día,
ajenos a la paz de los cipreses.

Cuántas naciones han muerto,
cuántas sobreviven.

Nuestra felicidad, al cobijo de su ausencia,
periplos por un globo enfermo navegué,
copulando sobre túmulos de piedra.
Destruidas las playas que albergaron sus bailes,
la agonía es cada ocaso.
Su cuerpo etéreo, entre tejidos blancos, nos suplica
desde la quietud de su refugio ubicuo,
y los alhelíes crecen, los festejos insisten,
los amantes hieren, las guerras reviven,
y nuestro porvenir avanza hacia el sepulcro,
puerta sin festejo, amante o guerra.

Cuántas naciones han muerto,
cuántas sobreviven.

El temor de quienes te celebran
pasa como la angustia del sustento,
del polvo indígena del Chicamocha,
heraldo de conquistadoras y sus siervos.
Sumerjo mi cerviz en aguas diáfanas
y anuncio la resurrección del orbe.
La impureza y la dulzura de las religiones deja
para reconciliarse con el silencio de los astros,
tras sus pasos a la orilla del mar Muerto,
el misterio único: su ausencia.

Cuántas naciones han muerto,
cuántas sobreviven.

Su muerte

¡Oh paz, es un día de dolor!
Tennyson

Al nacer, pociones atroces entraron en su sangre.
Su rostro terso adelgazó en salas de emergencias.
Cordero que su pastor entregó y sacrificó
para el perdón de sus desmanes.

En su infancia, mi hermana se encausó
en el arroyo que deja al mar para asentar riberas.
Las sombras en cada estío nos reflejan
sus pasos, de su mano, sobre un parque abandonado.

Inocente, agradecida, presta a seguir a sus juegos,
yo la despedí desde el zaguán.
El día brillaba sin augurios nefastos.
Ella me saludó graciosa antes de reiniciar su marcha.

Mi padre la trajo al hospital en la mañana.
Al llegar, jugó con otros niños.
Sus ojos me buscaron; un doctor la cubrió
antes de conducirla desvaída a su alcoba.

Cubierta por una sábana de alces y gacelas,
vimos su rostro sesgado por serpientes,
agujas que herían sus brazos,
electrodos traspasando sus bronquios.

Las enfermeras me separaban de Cristina
cuando precisábamos el uno del otro.
Yo era su guía, quien la vestía en las mañanas;
ella, mi cómplice, quien me encubría.

Sus pucheros, lejos de mí, cesaban,
marchitos como un campo sin lluvia.
En la niebla más espesa desde la cuenca del Nilo,
la congoja más antigua cocía sus aromas fríos.

Su cuerpo exangüe abarcó una caja de madera,
náufrago rescatado de alta mar.
El universo enmudeció, el sol descolló,
y ella, confundida, dejó sus ojos risueños.

El fulgor rosáceo de una aurora pasa
como su rostro tenue frente a mi ventana.
Cómo acudíamos entonces
a la Inmaculada Virgen por consuelo.

Las tejedoras de mortajas prescindieron de mi anuncio.
En mi cuerpo, toda partida era lejana.
Aquella, la última noche de los niños,
oramos por su porvenir, conjuramos las tinieblas.

Al volver a casa, un trece de marzo,
el viento inclinó los árboles a nuestro paso.
Cómo me hablaban del descanso,
agradable a quienes sufren.

Mis pulmones cedieron ante un ser convulsionado,
ante una multitud que gemía palabras ancestrales.
Así padecimos la impotencia de su ausencia.
Et expecto resurrectionem mortuorum.

Angustias partieron en su búsqueda.
Su traje de encajes, sus botines, escapaban.
La noche cayó en ella,
y yo en ella, desvalido.

Veinte años más tarde, el sol declina,
y su tez dorada resplandece bajo el cielo.
Nuevos esfuerzos prolongan más esfuerzos.
Cada noche me acerca hacia sus brazos.

La luna efervescente se filtra desde la nada, el firmamento.
Y Jeannette Cristina regresa con sus risas.
Llueve y dibujo con ella mi ventana,
con mariposas que el cielo nos entregó,
con libélulas de juegos pasados.

Y así me preservas, niño,
en ciudades desconcertadas por mis creencias.
Seré el viento que, en sus cambios,
consuele en cada uno sus secretos.

Cada día tu ausencia me reviste,
presta en letargos de insomnio.
Cada día rebosas de dulzura.

El vacío de los días inciertos
nos deja un sabor agridulce de esperanza
que mis cuitas vierten en manjar
para las rumiantes consentidas de Visnú.

Nadie perece hasta que su bienamado muere.

Manitas para palpitar

Pues mientras sus días son días de congoja
Tú, en paz, durmiendo en silencio
En algún mundo desconocido, inmóvil, remoto
S. T. Coleridge

A la mañana siguiente desperté abatido
por una pesadilla en que morías.
Me levanté y encontré tu habitación vacía.

Me ha dejado, sí, mi hermana me ha dejado.

Mis miradas rodaron sobre tu lecho destendido
como gotas de lluvia en la tormenta,
incapaces de traspasar paredes y andenes.

Me ha dejado, sí, mi hermana me ha dejado.

Pues mientras nuestros días son días de llanto,
tú, en paz, en silencio, dormida,
en algún mundo aún desconocido, remoto.

Me ha dejado, sí, mi hermana me ha dejado.

Mi padre ascendió las escaleras
y me abrazó sin expresar su llanto.

Cómo nuestro corazón precisaba
de tus manitas para palpitar.

UNA MISMA SOMBRA

¡Y eran una sola sombra larga!
José A. Silva

Tu amor, como el viento,
jamás muere; en días de mar
te tomaba entre mis brazos,
y al contraluz de un atardecer dorado
nuestras siluetas eran una.

Tu rostro, agua o vida,
disolvía las puntas de lanza.
De nuestras andanzas aún aprendo,
pues vives en mí como yo muero en ti.

Confiábamos en la vida
hasta que fuimos cercenados.
La savia aún brota de mis ramas,
y éramos un mismo tronco.

En ti amé, y amé la eternidad.
Palpita en mí, o yo en ti,
al abrigo de tu ausencia
seamos una misma sombra.

Epitafio

Consideramos a la muerte como una maldición inmerecida,
pero no hemos de saber, ingenuos, lo que nos entrega
hasta cuando la hayamos sufrido por un día.
E. Spenser

Si la mortalidad o la inmortalidad te incumbe,
ora por nosotros, forastero.
Aquí yace Cristina, hermana mía.

Un bebé, la voz de Dios,
desahuciada desde su nacimiento,
vivió para amar por veinticinco meses.

Inocencia breve que engendró mi historia,
todos los días he escrito a su partida.
Pálidas son ciudades, plagas, ante ella.

Paseando sobre valles y cañadas,
Cristina venció los temores
que consumían mi país en guerra.

Consideramos la muerte como una maldición inmerecida,
pero, ingenuos, no sabemos qué nos otorga
hasta que la hemos sufrido un día.

Ángeles en sus brazos la han tomado.
Ama mientras vivas, transeúnte.
Ama, que Cristina en Cristo te reclama.

Elogio de la santa muerte

No hay nada grande, nada, sino la Muerte.
Porfirio Barba Jacob

Desde el destierro de aquello que fuimos,
al trazo abigarrado de un crepúsculo sereno,
también a ti te elogio, Muerte.

Como el niño que celebra un perdón inesperado,
como el mártir que discierne la eternidad en su agonía,
como el reo que proclama su inocencia.

Otrora, las falanges temblaban a tu paso,
aferradas a la esclavitud del miedo,
inclinadas ante el más astuto egoísmo.

Tu presencia resuelve la vacilación.
Desprecio el miedo de tantos espectros
y remo contra corrientes más severas.

Desde el candor desierto de mi espera,
aguardo tu caricia entretejida en alabastro,
cuando liberes este polvo ajeno y presuntuoso.

Me conducirás a una pradera inmensa,
irrigada por las aguas de un Ganges impoluto,
donde hombres y animales pastan juntos.

Porque antes de aquella ausencia que es abismo,
me suspendiste en tiempo y en espacio
para llevarme al seno del Altísimo.

Qué gran recompensa es para un niño
partir sin los dolores de este mundo:
sin soledad, incomprensión ni quebranto.

Y allí presentí Su dichosa presencia,
gozo infinitamente rendido ante la dicha
de Su cariño cada vez más cercano.

Así, toda niña invocada por su madre
regresa, renuente a nuestro llanto,
pues ya por ti fue alumbrada en el edén.

Mi corazón latirá al oír tu melodía.
Abrirás, gentil, las puertas de mi estirpe
y me cubrirás con mantos desbordados de dicha.

Veré a Cristina, recibiéndome radiante,
con ramos de gladiolos en sus manos,
y nos abrazaremos como antaño.

Cansada ya de sus juegos,
la veré saltar desde la playa
y reposar serena en mi regazo.

Carmen

Tú, y tu mirada indulgente que aún sabe ver en mi
no sé qué de bueno, no sé qué de tierno
Gérard de Nerval

A pie por sendas dóciles de arcilla,
siempre jovial bajabas a la casa,
dos meses al año traías tu presencia,
en días tranquilos de un tiempo convulso.

Al verte erguida sobre la terraza,
cruzábamos calles con fervor abierto,
para dejar en tu rostro la carga
y hundir en el tuyo lo nuestro más íntimo.

En fiestas de Adviento nos dabas sustento,
envueltos en hojas de maíz fragante,
con gestos que obran secreto alimento,
más finos que el vino y su espuma dorada.

Tus modos tan vivos sanaban el daño
de cuantos hallaban tu afecto constante,
tu falda en gladiolos abría el umbral
del huerto que guarda su forma perenne.

Apenas diez años guardaba mi vida,
te vi alejarte con paso callado,
te dije, temblando, mi voz contenida,
que amarte era todo mi pulso primero.

Dichosa ocultabas agravios y penas,
de hijos dieciocho, diez fueron ausencia,
un obispo alzó sus juicios severos,
y en piedra persiste su rastro de sombra.

Desde Guanentá, con su brisa templada,
rozaba tu frente de brillo dorado,
tu mirada en bronce guardaba la pena,
y el negro inviolable de tu cabellera.

Tu voz fue refugio, misterio primero,
dolor sin lamento, firmeza callada,
viviste en silencio, con pulso constante,
la carga sagrada de ser siempre madre.

Mientras ellos urden rencores y agravios,
tú absuelves la ofensa con gesto medido,
su fuerza hoy yace en palabras gastadas,
tu gesta no cede al desgaste del tiempo.

Con todos, cercanos o ajenos, piadosa,
extendiste el lazo con mano constante,
tus hijas alzaron la vida fecunda,
y enseñan sin ansia de ser comprendidas.

Hoy sé que me escribes desde otra morada,
te vi entre marfiles y luces muy tenues,
aún hablo contigo en pausa callada,
y apartas mi pena del tedio y del peso.

Frente a la crudeza del mundo que hiere,
aprendo del júbilo limpio que dejas,
hasta que la vida nos junte de nuevo
y vuelva a abrazarte en la misma memoria.

Alix

Io da bambino, nessuna donna
ebbi sì cara quanto la nonna.
Gabriele D'Annunzio

Al crecer sobre nuestro suelo vimos
bajo el esplendor de un cielo desangrado
a cientos de hombres y de mujeres,
de torso quebrado por pesares del mundo.

Mas tu consistencia no fue nunca arcilla, madre,
sobre tus espaldas, frágiles como la hierba,
soportaste nuestras miradas perdidas
para llevarnos de una orilla hacia otra.

Entonces comprendías que los años venideros
ya no discurrirían sobre aguas tranquilas,
que nuestro padre resistió a tu lado
cuando Charalá quedó atrás para siempre.

Hasta entonces apenas conocimos tus partos,
tu paciencia al construir una familia,
poco sabíamos de la hondura de tu amor,
capaz de sostenernos sobre el mar más arduo.

Fueron tantos naufragios, tantas caídas,
que tus manos evitaron cada mañana,
sin tu constancia no seríamos lo que somos,
sin ella no habríamos salvado los abismos.

Alix, quien protege y ayuda al desvalido,
mas si Alejandro arrasaba ciudades y hogares,
tú protegías a Francisco, a Yolanda, a Mireya,
a Amira, a Alix, a José, a Beatriz, a Noel.

E insuflabas valor en Flavio y en Ramón,
en Mercedes, en Olga, los más solitarios,
a quienes un día también despediste,
resignada a tu viudez en altares coronados.

Así venciste tus congojas una a una,
desde el cuerpo eximio de tu hermano herido,
hasta el adiós a nuestro padre en Nochebuena,
aún resuena el cristal de su ataúd quebrado.

A tus ochenta años guardas a cada hijo,
sea esta ocasión para honrar tus victorias,
sea esta ocasión para que tus vivencias
iluminen batallas de generaciones más serenas.

ZORAYDA

Y, sin embargo, hay Uno que sostiene esta caída
con infinita suavidad en sus manos.
Rainer Maria Rilke

Que Dios te guarde siempre de dolencias,
y alargue el curso fiel de tantos años,
y me conceda estar junto a tu vida
cuando más hondo abrigo necesites.

Hay en la vida sombras inevitables,
crueldades que sin nombre nos alcanzan,
y un lento aprendizaje del quebranto
que el tiempo deposita entre las manos.

Y si algún día sigo sin tu voz,
sin tu mirada, sin tu asentimiento,
mis lágrimas darán su alabanza
a quien miró mi vida desde siempre.

Pues fui yo quien te halló tras los teatros,
a la salida tenue de la escena,
desde aquel paso tuyo en Barichara
que abrió en la tierra el pulso de lo vivo.

En la arena sinuosa del destino,
entre los pasos tensos y mortales,
tú permaneces firme en la presencia
y yo al compás secreto de tu aliento.

Sólida y viva, nunca te derrumbas,
ni en los engaños propios de la historia;
yo, confundido en tramas que no alcanzo,
te nombro en lo que soy y en lo que ignoro.

Zorayda, antigua princesa de oriente,
unida a Flavio, general romano,
figura que en mi fe se hace memoria
de cuanto en ti resiste y permanece.

En esta enfermedad hay un desvelo,
la certidumbre austera de lo frágil;
amor que fue labrando toda vida,
sin ti, este destino, ¿qué sería de él?

Ulysse

Elegiste partir en propia casa,
cuando la tarde fértil declinaba,
deshilvanando el cielo en lenta brasa
sobre caminos que la lluvia anegaba.

Y cuando ya las ramas de los árboles,
que tus manos al sol bien pulimentan,
en abril y en mayo, siempre amables,
retoñan como vida que sustentas.

Al irte nos llamaste a tu comida,
en torno de la mesa y la bebida,
como en otras jornadas compartidas,
reuniendo a las familias divididas.

Y al caer la noche sobre el prado
que desde niño fuiste labrando,
verdes testigos de tu pulso honrado
en las vigilias del dolor cercano,

brotaron ranas en la primavera;
y en salto leve el aire iban surcando
por ti, homenaje misterioso,
hacia su más antiguo cazador

Y en los espesos bosques silenciosos
el jabalí sintió tu despedida,
sin tus pisadas firmes, poderosas,
sobre la tierra fértil de La Veze.

La Veze, abril 2005

Flavio

Dulce decus meum
Horatio, Carm. I, 2

Dulce guardián de mis días, padre mío.
Te enfermas y descubro tu lejanía amarga;
antaño huía, apresurado, de tus brazos:
¿qué buscaba?, ¿una alegría semejante?

Inútilmente parecemos grandes
abandonando primero a Dios, en alma
y en la adolescencia en Ser al padre
pródigos siempre, anhelando el regreso.

A los pies del holocausto más temible,
ante las ruinas de tu cuerpo exangüe,
también vi tu rostro henchido de pesares;
éramos tan frágiles, tú nos sostenías.

Tantos sufrimientos que tu sombra oculta:
esa niñez morena, escindida entre dos casas;
ese padre intenso que cayó, víspera de abrazos;
esa constancia que tus oponentes despidieron.

Pasan los días y en mis noches te presiento;
cada domingo nos llevabas hacia un parque,
circundado de puentes y autopistas,
paraíso donde el sol nos complacía.

Diligente, a la salida de las clases, nos traías
por tus edificios, tus ciudadelas fabricadas;
con vino y con una torta engalanada
conmemorabas siempre nuestros cumpleaños.

Hubo, así mismo, caravanas hostiles,
pero tú, celoso y prudente, las desviabas;
hoy, sin ti, el mundo suspende su alegría;
tal vez un día también el sol se apague.

En esos cuidados la inmortalidad persiste;
aunque abandonada, tu voz siempre regresa,
como una brizna al cabo del estío,
como la luna en esta noche aciaga.

Bowdon, diciembre 23 de 2000

El Colegio San Pedro Claver

En vano preguntarás por nuestros maestros;
quien desande otra vez aquellos pasillos
aún oirá sus voces, casi ahogadas
por la algarabía que en nosotros vive.

Las tardes se extendían: éramos niños
que creían profanar un sitio sagrado;
todos nosotros, o lo que fuimos,
probamos ser más firmes que el olvido.

Veinte años han pasado desde entonces;
era claro el firmamento y los saludos,
sin enfermedad, un océano nos acogía,
tan sereno como rostros que partían.

Poco sabíamos de tormentas y naufragios;
allende el horizonte, cataclismos
azotaban ciudades que alzábamos juntos,
sobre baldosas verdes, muros amarillos.

Ya el bambú que nos rozó se ha desvanecido,
como aquellos días de triunfo y castigo;
joyas que bucaneros de dos décadas tomaron
y que hoy, esta tarde, volvemos a hallar.

Mil novecientos ochenta y cinco no fue un año:
fue victoria abierta sobre campo libre;
días pasajeros, y aun así presentes,
sobre cañadas y bosques de Bucaramanga.

Nómada San Pedro Claver me llevó a tus campos,
a una cofradía de almas transparentes,
que ni los años ni el pesar quebraron:
prósperas tardes de mi infancia tardía.

Lina

Te agradó nuestra antigua fotografía,
la del primer día en el Diamante;
veníamos de hacienda en Rionegro,
jugando entre hadas y duendes.

Antes de ello, en un corral, juntos,
"ellos no nos entienden", te decía,
señalando a los adultos al andar;
¿por qué?, preguntabas sin palabras.

Ese recuerdo hermoso y prohibido
te muestra que los niños son quienes
gobiernan cada casa en su lenguaje,
y en esa lengua urdíamos travesuras.

Tú, con seis meses; yo, año y medio,
el lenguaje nos volvió adultos un día,
y cada cual, desde entonces, sobrevive
en silencio al duelo de Cristina.

Corrían ya los años noventa, recordarás,
cuando te recibí con un paseo en USA;
jóvenes de naciones te acogieron,
lejos de una tierra que forjaba desprecios.

De destinos distantes, siempre unidos,
nos contamos las gestas y las penas;
somos puente entre mundos ya perdidos,
exploradores del tiempo y la bondad.

Desde Bishkek hasta Hyderabad,
he visto cada paisaje siempre contigo,
desde aquel patio, con las mismas hadas
que auguraron nuestras vidas venturosas.

PALABRAS QUE DIERON LUZ Y CLARIDAD A MI INFANCIA

Tras la muerte de Cristina, madre,
Zorayda, cayó en honda depresión,
fardo que la llevó hasta el acantilado.

Flavio, mi padre, al volver del trabajo,
preparaba la mesa y nos cuidaba,
y la forzaba a comer, para que viviera.

Años después, revisando sus papeles,
hallé dos poemas que mi padre escribiera
y que guardó en pergamino en su oficina;
corregí su métrica: hoy están en este libro.

Himnos a la Muerte los inspiran del silencio,
palabras que alumbraron mi infancia,
y avivaron la fe, expresando su belleza.

TE FUISTE ÁNGEL MÍO DE MI LADO

Te fuiste, ángel mío, de mi lado;
dejaste este hogar sin "chiquitina";
el cielo de dicha se ha colmado
al recibirte a ti, Janeth Cristina.

En casa tu alegría ya se ha ido,
tus pícaras carreras, tu sonrisa;
al igual que tu voz, ya se ha perdido,
quedando el dolor como premisa.

Me conforma saber que tú eres buena,
que gozaste en tu hogar de comprensión;
que tu voz y tus cantos de ilusión
fueron como un sol en primavera.

Tu sonrisa, tu voz y tu mirada
serán siempre mi guía protectora;
llevaré tu recuerdo a toda hora
como una luz en mi alma destrozada.

A mi Chiquitina del Alma

Tu recuerdo será imperecedero;
jamás pensé que en mi sentir soñado
a tu lado hallaría lo esperado,
ni que en ti se encendiera lo que espero.

En tu cuna encontré lo más deseado;
te amo tanto que allá, en el infinito,
hablaré contigo, en Dios bendito,
con orgullo, Janeth, hija amada.

Rosas te ofrecí en temprana vida;
imagen fuiste del ángel que convida
sobre esta tierra a gozar sin condiciones,
tú, que nos diste amor sin pretensiones.

Y nos dejaste llorando tu partida;
nena del cielo, serás la preferida;
amén: tú eres el ángel de mi vida,
como una luz en mi alma destrozada.

Ensueños

Cuando cumpliste un año, en sueños,
yo te acunaba entre mis brazos,
y al acariciarte, horrorizado, vi
que tu cabeza de mis manos caía.

Grité en la noche y corrí a tu alcoba,
feliz de verte a salvo en tu camita;
aquel presagio preparó mi alma
para la más cruel congoja de mi vida.

Y tras tu entierro, en noches regresaba
al cementerio donde te dejamos;
con un cincel rompía yo tu lápida
y te salvaba: reías, celebrábamos.

Otras noches jugábamos; mas al alba
toda esa dicha en agonía tornaba.
Aún creo que nos vemos en los sueños
que cada noche olvido al despertar;

si no,
¿cómo podría soportar tu ausencia?

METAL ETERNO

Leí un relato antiguo de un prelado
que confesaba fe y vocación nacidas
del miedo y la amargura que le dieron
la muerte de su hermana más pequeña.

También quise abrazar el ministerio,
y me inquietó si acaso mi vocación
nacía de evitar aquel dolor
que en carne propia hube ya sentido.

Confiaba, como el poeta americano
que a su amada invocó, en que podría
ver renacer a mi hermana en una hija.

Mas la muerte, hermana de la vida,
quiso probar mi fe en la eternidad,
y cinco hijos de mis brazos tomó.

Leyla, mi esposa, compartió conmigo
congoja y fe en cada despedida,
heridas que amalgaman nuestras vidas.

Prole que vive contigo, hermanita,
en ese mundo sereno y tan lejano;
allí llegaremos —cada día lo canto—.

SOBRE LAS PLAYAS GRIEGAS

De ojos que quiebran los guijarros
De sonrisas sin cavilaciones
Por cada sueño
De ráfagas de gritos en la nieve
De lagos que visitamos desnudos
Y de sombras sin raíces

Paul Éluard

Dido

Se fue el más consagrado amor,
aquel que, me lo prometiste,
jamás me lastimaría; de él aún
quedan estas, mis lágrimas al mar.

Aquella ciudad que todos veneraban,
aquella dicha de ideas y esperanza,
es hoy una planicie desolada
donde sierpes y panteras merodean.

Aislada en la torre más tortuosa,
sin puertas ni cadenas, prestigiosa,
por la herida más honda que te habita,
te hastías de un cuerpo que ya sana.

Lo que nos ataba al mundo se ha perdido;
con él murió tu juventud temprana,
y habrás de gemir por tu inocencia,
barca cálida que ya no volverá.

GEA

La nieve descendía a nuestros pasos
a orillas de un lago ya inmóvil;
en la bruma, enlazados, caminábamos
sobre el confín más allá del universo.

Abajo, en la hierba del invierno,
nuestros hijos jugaban sin cuidado,
balanceando en sus juegos el futuro;
tú los mirabas, yo te alentaba en sombra.

Las gaviotas clamaban abatidas,
anunciando tu marcha sin regreso;
mis soliloquios, tristes, en los cafés,
tus idilios en cabinas pasajeras.

Las imágenes, palabras y monedas
que aliviaban nuestro desasosiego
eran savia que sellaba las heridas
de los troncos truncados de la vida.

Así enmendábamos ciudades,
señalando en cada una su impostura:
la injuria, el desmán irreparable,
la espuria quintaesencia del progreso.

Furias formaron todo tu cortejo;
me acusaste y condenaste, vacilante;
tu cuerpo maternal huyó de mis brazos,
ya enjuto, como un eco sin retorno.

DEMÉTER

A ausência é um estar em mim
Carlos Drummond de Andrade

Alejada al añorarme,
no contemples en la luna su hermosura,
sino mis ojos que en ella te buscan reflejados.

No aprecies en ella su fulgor,
recuerda que en mis ojos aún habitas,
sede perenne de nuestro amor inacabado.

Sabes que tu ausencia es un estar en mí
y mi ausencia un estar aún en ti;
Carlos Drummond de Andrade lo ha cantado.

Y aunque la luna brille tan hermosa,
no es su luz la que estremece el mundo,
sino tu mirada que en mis sueños arde,
desde la noche en que te me entregaste.

Siempre tan ausente, siempre tan presente,
los destellos de tu pasión nos enaltecen
sobre la esfera que a tantos amantes desposa.

Y si el viento susurra también mi nombre,
recuerda que solo tú, la luna y las estrellas,
hicieron de este corazón el universo entero.

Perséfone

Obedezcamos a la oscura noche
Homero

No, Señora, tampoco estuve allí.
Ni mi sangre corrió por los campos Elíseos;
solo un beso arrancado de la lluvia
permanece velando esta quietud.

La ciudad era destruida, el campo,
aniquilado el firmamento;
apresurados cavilamos
a lo largo de mausoleos, catacumbas.

En casa, junto al ciego Homero,
te rogaba que confiaras en el mañana;
tú y yo, embriagados de esperanza,
y que obedeciéramos a la oscura noche.

Presas de una revolución confusa,
el invierno zahería, el ruiseñor moría,
y los dos, ya no juntos, trocábamos
un plato de lentejas por nuestra libertad.

Podríamos haber sido una familia,
podríamos haber sobrevivido;
jamás nos faltó lo necesario,
pero ¿cómo amar a un poeta docente?

Sus cantos eran de sirena para ti;
las arpías del dinero merodeaban,
y la Medusa del poder te endureció
al amparo de otra madrugada.

Hermione

El sol de lo que fue hoy se disipa,
en las tinieblas de mi larga espera;
mi bienamada yace aquí, tan cerca:
si me amas, ¿por qué huyes de mi vida?

Despierta junto a mí cada hora,
ella, ateniense, dueña de mi todo;
éxtasis, tan ansiado y tan logrado,
renunciando al aprecio de los otros.

Somos abrazos que acaban en vacío
sobre desfiladeros implacables;
yo, príncipe que Persia ha enviado
por una biblioteca de acertijos.

Y aunque atesoremos un futuro,
sus amigas bárbaras insisten:
«No eres bella, los bárbaros desposan
a cualquier griega solo por su origen».

Mi espada lacerada por las rocas,
y mis armaduras, deformes en su infancia,
dejo al anochecer, cuando regreso
imperceptible a mi extranjera amada.

Afrodita

Sobre el patio de tu casa,
aledaño a la acera de adoquines,
plantabas flores con tu padre,
a quien apodaban el Bigotes,
hombre robusto y colérico.

Yo jugaba sobre la acera opuesta,
bajo la sombra de un almendro.
Lo vi tan feliz, todo lo opuesto
de lo que de él decían en la calle.

A sus treinta años, un gigante,
padre que gozaba tu inocencia.
Y reparé ya no en ti, sino en tu ternura,
y sin darme cuenta quise acompañarte
en cada temblor, en cada noche.

Así entreví tu encanto, mi desvelo;
así descubrí, sin definir por años,
sin reflexión, la causa del cariño,
ternura que doma la ira más inmensa.

Palas

¿Qué puedo disfrutar del mundo
que ya no haya disfrutado como un héroe?
He bebido café, he saboreado pasteles
Me he obsesionado con una mujer hermosa
Heine

El sol la coronaba de arco iris,
al despertar, dorando su figura;
y cada vez que en ella me perdía,
se ensanchaba nuestro abismo en mí.

Las nubes se apartaban a su paso,
y yo besaba la sombra a sus espaldas,
acrecentando la aprehensión del orbe,
sus impredecibles, fatales reveses.

«¿Qué puedo disfrutar», le decía,
«de un mundo que como héroe disfruté ya?».
Ecos de Heine, a los que sonreía mezquina:
«He bebido café, he amado a una doncella».

Aves migrantes nidos levantaban
al embate de líquenes cefíreos,
mientras yo la contemplaba desnuda,
rostro de niño reflejado en la ventana.

Un ánima celosa, enloquecida,
convocó a las ménades furiosas;
y yo, tan frágil, con esperanzas rotas,
hui del verde jardín que cultivaba.

Un astro me consoló enamorado
en la placidez de otros paisajes;

sus ojos, si jamás me amaron,
buscarán alguna vez mi rostro.

Hera

Pasa esta tarde solitaria y no te encuentro.
En otro tiempo te abrazaba junto al parque.
Entrelazabas mis manos y te guiaba
a lo largo de barrios en contienda.

Junto a ceibas cubiertas de musgo,
el rocío evaporado anega mis pestañas.
Muere el otoño y, bajo mis huellas,
la hojarasca cruje al vaivén de la nostalgia.

Tus celos, el arsenal de mis pesares;
tus irritaciones, la más vaga ausencia.
Tantos días enamorados que se alejan,
heliconias de un bosque incinerado.

Mundo reciente contra mi amor constante,
hazañas que hurtaron nuestras palpitaciones.
Jamás sabrás de mi infelicidad emprendida,
añorada en tantos campos cultivados.

Cuánto amada, extraña y extrañada,
cercándome aquí, ayer, ahora, indecisa,
en San Gil, ciudad de ciénagas,
el más frío de todos los paisajes.

Gente indefensa, hacinada y agresiva,
la imagen a la que todas las imágenes regresan.
Nuestros besos acabaron en alcantarillados,
al rumor de aleteos cercanos.

Nos amordazaron, nos lanzaron de bruces,
fabricamos su historia, sus tramoyas.
El último sebo antes de su revuelta,
y tú allí estabas, consternada estabas.

Ifigenia

Su connubio arroja
Un huracán en su contra
Carmina Burana

Engendramos la noche, obedientes,
en un metro de París, como amantes;
alguien te ofendió, llamándote indolente,
burguesa en un mundo de pobreza.

La humedad de tus apasionadas caricias
habría sido mía, siempre mía;
pero para tus padres fuiste ofrenda,
sacerdotisa virgen, despojada.

Puente ágil que probó ser frágil lienzo,
tan agrietado como el beso yerto,
tan quebradizo que me dabas
felicidad ahogada en un abrazo incierto.

Nuestro idilio suscitó huracanes;
hija de reyes, te prometieron reinos,
y me abandonaste a los vientos y las aguas,
a la infertilidad de mi inútil sacrificio.

Tras treinta años, el viento es frío,
y tu cuerpo, erosionado por el tiempo,
es una roca de un mar embravecido,
donde futuros amantes sucumben.

Andrómeda

Sucesos nefastos nos llevaron
hasta Tallahassee, cueva de quimeras.
Hablamos de alienados y fuimos alienados;
nos compadecimos y fuimos despreciados.

Mi constancia trazó su inmundicia,
y ellas, energúmenas, hincaron sus dientes.
Mis encomios perdieron su enjundia,
y peregrinamos hacia San Agustín.

Al fragor de un auto apresurado,
las granjas cedían a tu costado,
como una cinta de cine mal embobinada,
como las fotografías de un viaje truncado.

Alojados en moteles de cartón,
el agua enmascaraba nuestro afecto.
Tras los amaneceres de un invierno primitivo,
nuestros deberes nos separaron, nos dejaron.

Mientras tus ojos tristemente grises se apagaban,
luna engalanada, soberbia entre sus nubes,
segregados transcribimos nuestro encuentro
en la corteza de cedros sagrados.

Aracne

Entonces me presentaba, silenciosa,
temerosa de extraviar mis pensamientos.
Cada carta, cada examen, fue una ofrenda
o declaración de amor a oídos muertos.

Mis amantes jamás escucharon
los consuelos que tejía con mis manos,
manutención de un puño frágil,
tan frágil como el tiempo en sus veranos.

Diálogos a la sombra de otros diálogos,
el zumbido de banales convulsiones,
sobre desmanes y aciertos perennes
entre troyanos y sus victimarios.

De carros que simularon el crepúsculo,
de pupilas que no expiraban en Aulis,
de lanzas rotas en la piel del héroe
y el ulular de cuervos en las torres.

La muerte de Áyax, entre tantos cuerpos,
acontece ante una multitud de sombras,
al ritmo de monólogos aciagos,
como el eco en las ruinas de Micenas.

Vivimos de anhelos que son tiranía,
en Tebas, centro de otro cuerpo exangüe,
donde los muros guardan su lamento,
el de Edipo antes de reconocer su crimen.

Suspendida en mi prisión, tejo los hilos
de quienes nunca más regresarán.
De Aulis a Ítaca, el hilo es un solo dolor:
el del vencedor y el vencido, Ulises y Hécuba.

Andrómaca

Y ahora, ¿quién siente pesar o discordia?
El amor es el universo de este día
Aquellos son esclavos de un porvenir ominoso

P.B. Shelley

A lo largo de una plantación devastada,
mi mano buscó tu rostro nervioso.
La tarde de domingo agonizaba;
tarros de lata rodaban sobre los andenes.

Luego de leer la rebelión de Gabriel,
esclavo que al final decidió morir
antes de tener que matar a sus patrones,
sobre los caminos de seda de Atlanta.

Y ahora, ¿quién siente pesar o discordia?
Hiedras y espinas poseían mi soledad
antes de conquistar tus dominios.
Tú, dueña de edificios despoblados.

Temerosa de emprender otra discordia,
temiste caer en brazos de un inmigrante.
Como las damas amadas por esclavos,
te insistí que el amor es el universo de este día.

El viento frío aún conservaba el vértigo
de tus ojos antes de su vuelo.
Años después me preguntarías
si las constelaciones deterioraban la bóveda celeste.

Antígona

Tu partida ha dividido el tiempo
y marca con su sombra lo invisible
que separa lo que fuimos
de lo que ya jamás seremos.

Con nostalgia recorro,
viajero en una tierra extraña,
las calles de esa infancia
que nunca creí extrañar.

Esas esquinas donde los juegos
permanecen inmóviles, etéreos,
son escenario de risas de niños
que aún repiten, en cándida obediencia,
esa pasada monotonía inmortal.

Tu ausencia, luto impronunciable,
como mi adolescencia tórrida,
es aún un fuego indomable que consume
bosques de reglas y límites impuestos.
Aún coquetea desde aquella esquina.

Tú, tormenta de mis pensamientos,
deliras en este paisaje yermo,
y cuido, como todo poeta, de esa ilusión frágil,
anhelando volver al pasado,
a recuperar esa sonrisa, a subsanar
el silencio que tanto nos lastimó.

Clitemnestra

Su éxtasis, como ambrosía impía,
es acequia que irriga la nostalgia;
quiero y no deseo abandonar sus besos,
dejar atrás nuestra álgida herejía.

Consumido por noches de agonía,
bruño su piel al fragor de la alborada;
mi corazón ansía retirarse,
mas mi juventud en ella se consagra.

Huyo para evitar ser su verdugo,
y troco el lecho que en sangre ardía
por una esclava bárbara y sin tierra,
renunciando a sus prados, sus palacios.

Mi ausencia a su paz implora en vano;
renunciar a lo que fuimos es tormento:
mancebo y dama ocultos en la lluvia
en el centro de Filadelfia entrelazados

Si hubiera aprendido a amar sin normas
Si me hubieran enseñado que la edad
Es, como toda belleza, pasajera; si intuyera
que esas veladas de pasión jamás se olvidan

Helena

Allá el pez nada en el río
Y prescinde de alhajas y vestidos
E. Pound

Acusándome iniciaste tu partida;
feliz te embarcas con nuevos protectores,
abandonándome en la intemperie oscura,
desnudo en esta playa sin tu abrazo.

Nuestro tálamo es lecho sin regazo,
sin clímax, sin las vanas ilusiones
que tus padres bucaneros prometían.
En sombras y en lamentos me sumerjo.

Sabíamos que el amor contradecía
las normas de moral que nos ataban,
y sin embargo siempre las guardamos;
cuando quisimos romperlas, reculamos.

"Cumplamos nuestros deberes con la vida,"
bromeaba citando a Schopenhauer,
pero jamás lo leíste, y a mis espaldas
me acusaste de lujuria inoportuna

Hoy en el río el pez nada sereno,
sin joyas ni vestidos que lo adornen;
lo cantó Ezra Pound, tan laureado,
acusado también de malas intenciones

Contigo anhelaba huir de esta existencia
tan frágil como el ansia del amante
que sueña con un nuevo cuerpo, eco
que le devuelve el éxtasis perdido.

Los placeres se deforman en sí mismos;
jóvenes festejábamos un frenesí
que los medios exigían, sin límite
pero el tedio envenena los labios.

Así preserve mi cuerpo ante el espejo
perfección de tendones, venas, nervios,
que la sal de mis lágrimas lacera,
monumento que ya no veneras

ELECTRA

El recuerdo encantador de esa doncella
Verlaine

Al cabo presiento tus palpitaciones
Abandono los cuarteles de guerra
Y salimos bajo un cielo encapotado
Sobre un puente célebre de piedra

Las vitrinas reflejan nuestras sombras
Entre hordas de saltimbanquis o mendigos
Desgastamos nuestro idilio en almacenes
Con un salario que nos relega a los caminos

Al atardecer vamos a posadas de viajeros
Donde incansables compartimos delicias
A la medianoche me ruegas que volvamos
Cuando siento que la noche empieza

Te llevo a casa y tu amargada madre
Me recrimina por distraerte lejos de ella
Le juro que jamás volverá a ocurrir
Y descubro que ya violé ese juramento

Tu presientes mi palpitación cansada
Y sobre un banco meces mis cabellos
Yo entierro mis sandalias en la arena
Y me recuesto sobre tu campo hirsuto

Desconocía tu origen, tú mi destino
Mas esa dicha pretérita se olvida
De vuelta a casa retomo el aire que abandonas
Y me entrego a las vertientes de tus venas

MEDEA

Hoy cuando recobro mis fuerzas
Te entregas a mi cuerpo vergonzoso
Hoy cuando la primavera avanza
Secando esos arroyos imprevistos

Me escribes en sangre que me odias
Que nos amábamos bajo una tormenta
Que prescindíamos de compromisos
Que nuestra fidelidad era ilusoria

Mas nuestro amor acaba, amado mío
Con tu silencio ante el burócrata
Para quien yo era una bárbara
Criatura con los mismos derechos
que un párvulo o un demente

Y así surcásemos océanos furiosos
De superiores, jefes, rectores
Peritos en certificaciones y constancias
Condenados a saber o simular saber
Mientras tú alcanzabas tu vellocino de oro

Los hijos que he sacrificado
por tu indolencia o tu desprecio
renacerán en tus veladas solitarias
sopor de la piel foránea que adorases

Eurídice

Los cobardes prueban la muerte muchas veces
Los valientes una
W. Shakespeare

Al alba veo desde mi ventana
Los transeúntes persas de las Termopilas
Apresurados caminan. Mi inmovilidad,
Aquel paréntesis de muerte, los inquieta

Aquí juntos perduramos once años
Ahora la adversidad de nuevo nos escinde
Tu proseguirás en Tebas, solitaria
Yo he de volver a las cimas de Antioquía

Años atrás caminé sobre la arena de Minos
Las ondas de un lago distorsionaban mi reflejo
Allí, ante la muerte, sólo mi amor me mantenía
E hice de tus abrazos mi horizonte
Mi lanza, mi pospuesta guarida: tú

Mi pasión por ti fue, es, más no será
Dichoso recorrí los parques
A la miel de tu atardecer, ¿me amabas?
¿Nos empalagamos de esperanzas?
El primer día acabó como un festejo

Sabías que cualquier hombre
Al fracasar fenece y sólo así renace
Mas tú, como amante de Mecenas
Te aferrabas a tu ciudadela desahuciada

Sabrás que mis talentos son etéreos
Y lamentarás haber partido
Haber menospreciado nuestra historia.

Penélope

El sol de hoy ya se disipa
En las tinieblas de otra espera
Ella ya no yace junto a mí
Ni me entrega la ansiada primavera

Ni junto a mí despierta en cada sueño
Tras la certeza más amarga
Corrientes estrenuas nos separan
De nuestros cosmopolitas libros

A lo largo de esta bóveda celeste
entre estrellas que el cielo ha preferido
Nuestras miradas se extraviaron día a día
Yo, sobreviviendo de labores peregrinas
ella, enriquecida por pretendientes nuevos

Calmando mares que huracanes poseían
Ajeno al tiempo y sus irremediables sombras
Paso los años con hechiceras que me atrapan
mientras ella desteje franelas de algodón enmohecido

Ión

¿Quién eres, de dónde vienes
Bella mujer, ángel ingrávido,
Que estremeces estos modales tranquilos
Asentados tras el vendaval?

¿El brillo, acaso, de un amanecer
Que ocultan tus mejillas doradas?
Imperceptiblemente, a tu costado
Renacen las hojas de los robles

Y hago de mi mundo el tuyo
Por una caricia o un remedo
Felicidad truncada recobrada
A la que náufrago al mar me aferro

Sí, anhelo ahora estar contigo
Acariciando frailejones, cultivando
Los mangos y el césped del edén
Descifrando cantos de cigarras al atardecer

DAFNE

A través de un marco de vidrios dislocados
Tu bruma recorrió los cuartos
Tu armario enmohecido, tus tejidos
Y sacudió inclemente mi fragata

A tus veinticuatro años derrotabas
Las hordas de Jerjes, su flota en Salamina
Náufrago en el mar Egeo me ahogué
En aguas desesperadamente claras

Un grupo de mercaderes me prendió en la playa
Cuánto esperé la impiedad de tus falanges
Más tú, recluida en el Peloponeso
Celebrabas con una orgía mis desmanes

Esclavo de amos más serenos
Hui a las candentes dunas del Sahara
A abrazar tus formas en la arena
Ni la cópula ni la muerte prolongaron tu hermosura

Tus recuerdos me carcomerán sin prisa
Indeseado es este espacio sin abismos
Seré una bestia que sin reproducirse acaba

SAFO

Hoy, antes de cantar,
anuncias tu partida
Una agria tristeza regresa,
como si yo fuese
Un pergamino recobrado
Subastado en las tardes
Y entregado al anticuario
A estafadores de autos usados

Un dolor sin conversación me dejas
Sin tiempo para que sanemos
Sin otro rostro, otra caricia
En cada día que aún abarque
Desde la vigilia puedo
Ser amante,
si brevemente,
Por quienes anhelaron
El regreso de tu olvido

Entonces zarpo, mi mar Adriático
Por mi linaje asiático
Por mi desafiante temple
De hazañas sin tesoros
En la tranquilidad de mi navío
Esquivaré acantilados afines

Y no dudes de que te redescubra
En un viento más propicio,
En otro puerto protector,
O en una tormenta que me entregue
A otras inclemencias del amor.

Casandra

Casandra,
Amada mía,
De ti nada he esperado
Y todo me lo has dado: el tiempo,
Los astros y la tierra,
los campos, las ciudades,
El misterio de la creación,
Tras la lactancia y las ofensas olvidado

Gracias por tu aprecio inmerecido, aún sincero
Gracias por encaminar mis pasos
Sobre las plazas de Troya y Macedonia,
Coronada por monumentos de imperios derrocados
Vencedora del desamor y la desidia
Vences el letargo y la inconstancia

Gracias por tu primer abrazo tras la hueste,
Oasis ávido en una ciudad lejana
El sendero era claro, claro el portal de tu morada
Tú anunciaste la felicidad conjunta
Una vida no bastaría para amarte

Gracias por tus palabras,
Si para ti pensamiento que el aliento deja
Para mí la fragancia de un verano y sus aromas
Tu imagen me embriaga hora tras hora
Mi patria, el sitio que tú habitas

Juntos escribimos la historia de cada continente
Entre tú y yo la eternidad revela sus secretos

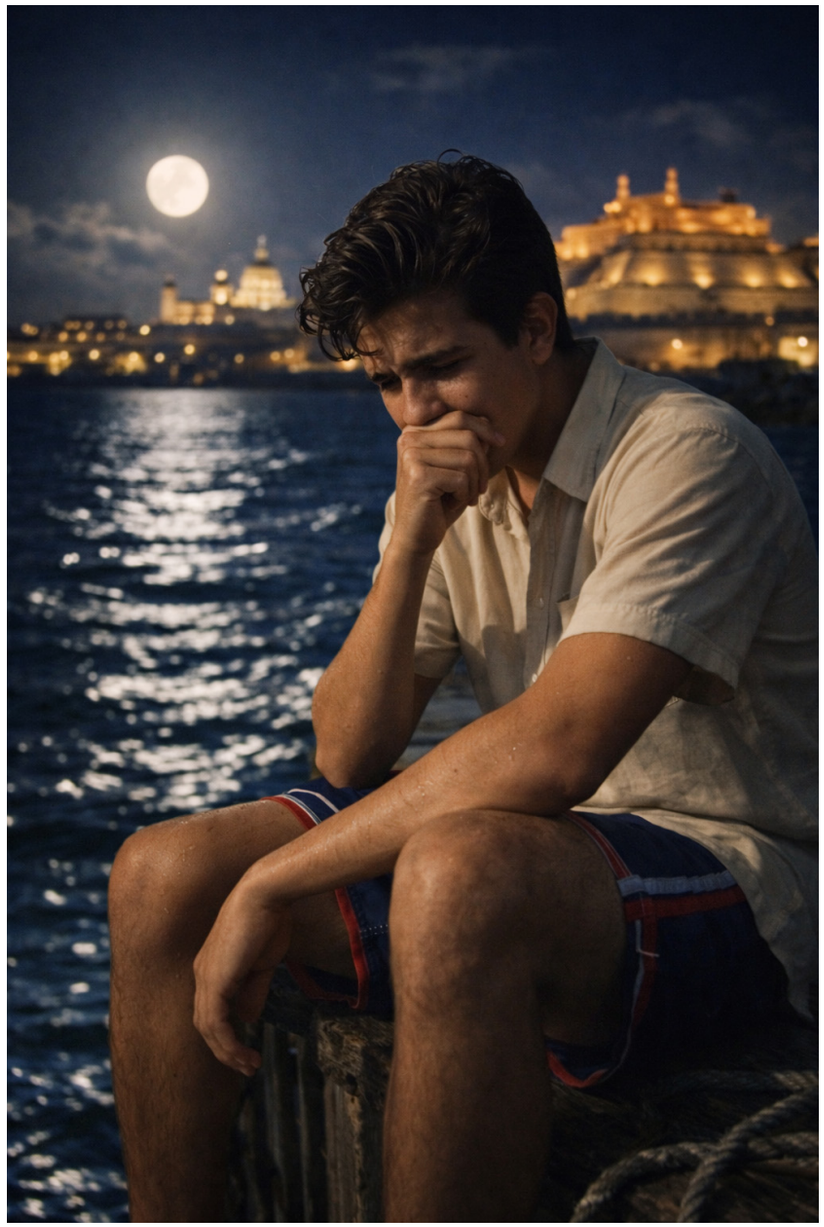
Ariadna

Desde las costas
te vi por veredas sinuosas,
y me sonreíste sin motivo
que no fuera amar a quien te amaba.

Tenías prometido,
mas predicabas que el amor es libre.
Y te amé sabiendo que no sería tu amado,
sino el amante que anhelabas
"En otra vida fueron un amor truncado",
te dijo la sacerdotisa de Apolo,
"y los dioses os han reunido
para revivir esa pasión perdida."
"¿Te lleva al paraíso?", concluyó
Y cuando respondiste afirmativa,
te animó a consumar nuestros encuentros

Antes de nuestro abrazo en la penumbra,
los horizontes eran bruma y eco.
Con esa palabras tuyas,
tan dulces, tan serenas,
tejimos la cal, la sal, el lienzo,
y esa luz que fulge en tus pupilas,
la que aniquila la noche y sus temores.
Ni el ave en su trinar,
ni el crepúsculo en su estertor dorado,
te conocerán tan álgida,
tan clara

Ciudades que me Desterraron



¡Hacia mí! Mi oído extranjero escucha
El alboroto de una bienvenida cercana
E. Dickenson

Bucaramanga 1985

El destino de quienes nacen en Ítaca
Kavafis

Ciertas tardes, desde nuestros postigos,
celebrábamos regreso de la lluvia;
cieno sobre la calle transversal cerrada,
desde un potrero derruido descubríamos

el ojo protector de un haz dorado y limpio,
que soberbio entre nubes fulguraba;
así crecíamos, en dos bloques de casas,
habitados por vecinos resignados,

que adioses desde sus pórticos lanzaban,
y en sus gestos dejaban la derrota;
aún descubro ese espacio en cielo encapotado,
cuyo tañido arcaizante nos prepara

para sobrevivir incandescentes al pasado;
tantas frases nos asistían entonces,
esa palpitación enamorada,
que estéril cayó y se disolvió en arena.

La carta que escribí a un amigo,
al sufrir tras disputa su abandono;
mi brío al ponderar al ocaso tus confines,
mi tersura, nostalgia de tus ancestros,

que me condujo a meditar en el escape;
y el amor, dádiva de un bebé muriendo;
la caja con cuerdas sobre mis hombros,
en donde a veces senté también a mi amiga

para conducirla delirante por la acera;
el pesar inagotable de su cuerpo inmóvil,
marea que me arrojó contra arrecifes
afilados, persistentes en la herida.

Son las lluvias y tempestades del terruño
las que nos preservan lejos del naufragio;
calles ingrávidas que alientan años tardíos,
son tus ánimas desde el valle de los muertos

quienes guían mis palabras a lugares seguros;
aún escucho el rumor de juegos al poniente,
Bucaramanga danzaba cuando partías,
con el tiempo mis piernas salvaban tus tejados.

Bastión que purgó mi expulsión, hoy castillo,
aunque otros derroteros nos dispersen lejos;
aunque tu recuerdo se enseñe indolente,
el infinito brota del primer tronco.

La indecisión del rival ha muerto,
que una virgen se apiade de su desasosiego
y me enseñe a soportar tanto dolor,
tanta belleza ardiente en la memoria.

Hoy en vano exalto los andamiajes de Roma,
el campo baldío que circunda a Nápoles,
y la línea quebrada de Las Vegas;
sobre tu cal, tan de lejos persistente.

Cartagena 1985

Jamás conocerás la belleza de aquel alba,
ni que tu adolescencia alguna vez fue mía;
a tus catorce años inspirabas caricias
de un hombre que desconocía a los hombres.

De años tiernos, de palpitaciones inciertas,
yo prolongaba en la arena tus festejos;
aquel año expiraba, como tantos presentes,
y aquella noche de luna descompuesta,

habías partido; agitado te busqué
por castillos y tabernas más oscuras;
al detenerme, entrelazada, suspirabas:
“nuestra soledad es a veces tan inmensa”.

Aquella noche comprendí una a una
tus sonrisas, en su secreto desplegadas;
y las olas de Cartagena, al estallar,
aún lamentan los rumores de mi despedida.

PALERMO

Lentamente el ahogado recorre sus dominios
Cernuda

El clamor de tus escombros
se eleva desde una selva postrada,
de hojas y frutos ponzoñosos;
vuelves, por tanto tiempo temida,
y me apuñalas sobre el costado,
halas mis riñones, los devoras,
dejas tu festín y me abandonas
en una morgue de azulejos curtidos,
donde ninfas tejen mi sudario.

Mis gemidos, mis heridas las cautivan,
y una hereje, olvidando su deber, me cura
con órganos extirpados de cirujanos enfermos;
mis labios coagulados la acarician,
su cuerpo de nodriza me enamora,
ámbar que renueva el almizcle perdido.

Así sobrevivo, como marisma acicalada,
hijo de Ur, trémulo cojín que anhela
una lágrima de cristal aljofarado;
ahíta de persecuciones, feneces,
y asiento nuestro hogar en Babilonia.
Qué agrio ha sido un día sin tu aplauso.

BOGOTÁ

¿Qué es este mundo agobiado, esta carne, esta bebida?
G. Herbert

Decoras tus puertas con rostros de mancebos
decapitados por mercenarios castrados;
convocas a un congreso de aduladores
y legalizas tus asesinatos, tus embargos.

Envías a un bufón a litigar contra mi casa
y nos arrojas a la oscuridad de países serenos,
desalojados al flujo de un paraje añorado.

Acogemos las furias dispersas de parientes lejanos;
salmodias indolentes animan tus juergas,
cortejo fúnebre de plañideras ebrias.

Vigilas la prosperidad de Ur y Tebas
y desatiendes el comercio en tus murallas;
proteges el antojo de una imposición geográfica
y ejecutas en su útero a tus bestias rebeldes.

Mas el polvo que te crea jamás muere:
solo se deshace, como un cadáver vacilante.

Filadelfia

Ensenada de horizontes bifurcados,
edificada junto a un alcázar de terracota;
bóveda amplia y celeste,
mancillada por aventureros indecisos.

Guarnición de senderos cubiertos de nieve
y de tumbas profanadas a la intemperie.
Vi a los polizones gimiendo ante tus puertas,
brutalizados por una guardia inclemente.

Cuántos esclavos desmembrados
yacen sobre tus cloacas, nauseabundos;
cuántos arlequines evaden tus proezas,
cuántos persisten en tu racismo.

Hordas de próceres y especuladores
fraguan las desdichas de mi cuerpo dócil;
entonces el vigor de tus fábricas vencía,
confidentes acudíamos a tus canteras.

De mi casa, una carroza con corceles negros
me trasladaba a tu arrabal pudiente;
una doncella primorosa me inducía
a laborar en una torre inacabada,
cómplice de tus favorecidos.

Asumí el látigo, la dependencia abyecta,
peón de pastores e ingenieros
en el trayecto de tu disolución.

Desde las barandas de tus puentes
deseaban cada domingo una revuelta:
la espada de los corsarios fenicios,
el desbordamiento de tus ríos polutos.

Abajo, un sol purpúreo se alejaba
hacia las plácidas praderas de Numidia.

Compadecida al fin de mis dilemas,
me entregaste a una armada pusilánime.

Fuera de los misterios de tus bibliotecas,
fuera de la eternidad de esa mirada breve,
puerto en donde descansé una noche,
agitado por un pasado ajeno.

Harto de ayunos y de excesos,
remoto, al despertar en ti despierto,
atravesando esa avenida de banderas
en donde otro emigrante transcribiese
que el mundo entero era un teatro
y los hombres y mujeres, meramente actores.

NARBERTH

Camino de vuelta a mi refugio,
sobre un parque húmedo y minúsculo;
abro mis puertas y me acuesto
sobre un lecho que su familia dispone.

Me duermo, y súcubos y Euménides
se disputan mis torturas y desaires;
un aullido me despierta entumecido,
y el hambre, la sed, el coito me reclaman.

Desde tus edificios, arrecifes escarpados,
arrancados de una tira cómica
que las tinieblas de tu noche esparcen:
debilidad que delata mis carencias,
congojas por venir, reyertas, desdenes,
el gemido continuo que la mañana censura.

La demencia, el desamor, las zarzas, el cadalso:
juicio premonitorio, preludio insistente
de la frivolidad de los huesos y las torres;
travesía ululante de un espíritu desbocado
que realza la banalidad de mis días perversos.

El sol me devuelve a tu aire enrarecido;
cúmulos nefastos oscurecen tus crepúsculos.

CHICAGO

Descorres los pórticos de tus murallas
y me arrojas sobre un campo infame;
una hueste africana me acompaña
sobre desfiladeros, lagos y desiertos.

La armonía del paisaje me agobia,
a la par que invado a un país prisionero;
en las noches visito las mazmorras y pregunto
a mis rivales sobre sus motivos.
Algunos bajan sus testas vulnerables;
otros me provocan impúdicos.

Mercaderes y meretrices me consuelan
con sus piedras, sus lienzos, sus venenos;
vencido, regreso a una masa foránea
y me someto a las injurias del olvido.

Tomo un ómnibus, regreso a un metro
y cuestiono la alegría de pasajeros fortuitos;
ellos, desalentados, esconden sus miradas
tras pensamientos más dolorosos o tortuosos.
Vuelvo a una buhardilla y, cándido, pondero
la gloria o la infamia de un periplo segregado.

Digiero mendrugos para persistir,
pues mi voz, cadencia extraña, me distancia.
¿Quién se interesa en la cicatriz de un veterano?
¿Quién aprecia las proezas de Cartago?

Otro día, y mis esperanzas se disuelven
sobre un desagüe congestionado;
siete años, y la caja de correo está vacía:
fúnebre, has despreciado su escritura.

Fatigado, desciendes a otra noche ansiosa
a dialogar con meretrices, mercaderes;
lejos de sus logros y sus disputas intestinas,
te aguarda tu otra casa,
el otro infierno.

Oporto

Antes de acogerme, deponías tu espada
a los pies de una ciudad trémula y enferma;
tu afán fue visitar, concupiscente, sus palacios;
desde nuestra agonía implorábamos tu gracia.

Como tantos fugitivos africanos que clamaron
la protección de tus negreros portugueses,
taimado, me embarcaste —a mí, el más débil—,
prometiéndome un alcázar sobre el agua inmóvil.

Desesperado, me encomendé a tus confabulaciones;
creí en tu rostro abierto a todas las vertientes,
creí en tu abolengo de dagas sarracenas,
en los trazos de mis padres, mis hermanos.

Desembarqué y besé tus arenas austeras;
plácido, me enseñaste una iglesia acicalada
en donde brujos árabes empalaban a tus santos;
mujeres oprimidas rehuían a mis miradas.

Anocheció y, sin escrúpulos, me enviaste
a una celda bajo tu dormitorio, frente al mar;
así descubrí que nadie en tus predios era libre.

Cabizbajo, fragüé mi escape hacia Bretaña,
mientras, ocioso, lamías el lardo entre tus dedos;
sobre una tabla atravesé ese mar propicio.

Demasiado tarde consideraste mi regreso:
ya otros invasores atraían tus parcas.

Bowdon

Desde mi cama, un escalofrío me cubría
al escuchar tus pasos;
coinquilinos me instigaban
con preguntas insidiosas,
y, enardecido, me entregabas
al hambre de tus cancerberos.

Tus palmas implacables también nos redimían;
tus vejaciones en los corredores de un colegio,
tus inmerecidas amenazas
que sucumbieron una a una.

Tiranías y democracias inculcaban tu amargura;
deudas y promociones orientaban tus favores.
Despreciándome, enseñabas mi desprecio;
ménades y centauros me desmembraban en la plaza.

Mas el fragor de una promesa desde el río Jordán
me curó ante una generación incrédula.
Fui una nube avezada que conoció el mar,
una constelación inmensa, vagabunda y pálida,
un gemido breve que domó a la eternidad.

Estremecido, como un arbusto en el tejado,
frecuenté a bandidos y adúlteras
en asilos que tu enriquecimiento aniquiló;
y, sin embargo, habitábamos en la casa más justa,
en donde ni genocidas ni especuladores contendían.
Yo fui tan solo un tanto delicado; tú, impaciente.

Córdoba

Tus pájaros dibujaban un vértigo severo
al lanzarse ingrávidos de una nube a otra;
tus torres, disueltas en un cáñamo dorado,
caían como un grupo de soldados en desgracia.

Pasmados, dormíamos sobre tu vientre cobrizo,
sombras que se unían al cobijo de una despedida;
tantos años sombríos cedían bajo un año venturoso,
tantas bocas sórdidas bajo esa boca impredecible.

Agitados, caminábamos sobre tus planicies secas;
las aspas de un molino oscilaban a nuestro encuentro.
En tus hostales, hordas de pregoneros nos contaban
los desmanes de una soprano desposada.

Irrumpías el letargo de un mar diáfano
para que carabelas abrasasen mi región remota;
tantas muertes, tantos paraísos profanados,
cantos de gesta que mis abuelos tramaron.

Antaño indeseada, esta noche me seduces
en la espuma de una caricia pasajera;
mi espalda y mi voz exhausta te consuelan,
como una cascada gótica, judía y sefardí.

World Trade Center

Septiembre expiraba solitario en cada tarde,
y el tedio jamás nos abatía; entonces creíamos
que bastaba tomar un vagón en Nueva York
para domar las montañas y los hombres.

Al entrar, una mujer uniformada nos pedía
catorce dólares por penetrar en sus entrañas;
ni mi soberbia ni mi mendicidad la conmovían:
aun desempleados debíamos alcanzar su cima.

En su ascensor, el más veloz, también reímos,
y juntos caminamos sobre esos tejados concurridos,
bajo un cielo despejado, supremo, ficticio;
aviones y botes alcanzaban sus amplias avenidas.

Torres de Babel, cumbre de todas las naciones,
albergue de indocumentados o exiliados,
la jerarquía de una lengua, un credo, un espejismo,
y aun así tan minúsculas bajo ese cielo impredecible.

Compartimos una hora contigo, quizás menos,
y enviamos tus postales, tus mensajes parcos;
una estatua de cal sucumbía inmóvil sobre el mar,
aislada; junto con otros herejes te ensalzamos.

Altrincham

La tarde baja a los espacios
de una calle desierta,
como un niño en su triciclo
antes de los bombardeos en Ramala.

El ánimo se evapora, acompañado
de bromas concebidas en burdeles;
aduladores a sus víctimas sonríen.

Desnudas, las carrozas
celebran en Río de Janeiro;
desnudos, los cuerpos,
atrapados por el follaje en Mozambique,
ahogados ante embarcaciones lánguidas,
sus restos llegan a las costas de Inglaterra.

Y tu mirada los sigue
como a un balón de fútbol;
descubres que hay muerte en los hoteles,
aeropuertos, restaurantes,
e ingenuo malgastas tu sombra,
acicalando esa miseria con espasmos.

Bishkek

Alguna vez fuiste imperio de seda,
concebido en celdas por visiones;
obreros y maestras prodigiosas
denunciaban y herían tus virtudes.

Alguna vez tus faltas compartimos;
entonces nadie oía tus tragedias
de resignación, que te arrancaron
quienes ya no sufrían la opresión.

Tus jóvenes de oscuros cabellos
probaban en el rubio su abolengo;
inclinábanse a nuevos sajones,
fraguando sororidades, corruptelas.

Juntos ansiábamos el paraíso;
mas en tu afán forjaste nuevos abismos:
me amenazaste y me arrojaste al vacío,
incendiaste mi casa y fracasaste.

Hoy nuevas mentiras infectan tus heridas;
raída silbas amenazas vagas;
la intriga te embriaga como el opio,
y gozas del rumor que te devora.

Desvergonzada, sobornas visitantes
para vituperarlos o aplaudirlos;
lisonjera te ofreces al mejor,
y mudas de semblante sin memoria.

Te supeditas al humor del próspero,
y en servidumbre acabas extranjera;
en basureros tus hijos genuinos,
sobre valles exhaustos, víctimas postreras.

Esquirlas quedan de universidades,
de aulas y de moteles derruidos;
tu nombre aún resuena entre cenizas,
desconociendo tus linajes.

LONDRES

Tras las devastaciones de los turcos,
dos urbes nos otorgó el Creador;
y, descartando París, mi consorte
eligió Londres, sin oír mi ruego.

De aquel que sacrificó su docencia
por acompañarla hasta Manchester,
y una vez más regresé, emigrante,
a la capital del siglo en curso.

Que solo deja —dijo el doctor Johnson—
quien se cansa ya de la propia vida;
pasó un mes, dos, y luego las puertas
de universidades se me cerraron.

Docente trashumante desde Asia,
tras breve viaje al suelo americano,
acepté regresar por quien amaba,
rechazando una oferta universitaria.

Y devine portero en Harrods,
un trabajador más en Marble Arch;
así laboré cuatro años extensos,
flor de juventud que se extinguía.

Entre ropas que nunca fueron mías,
con una esposa que jamás sentí mía,
psicodependiente eterna de su madre,
indolente en cuanto a mí se consumía.

Si hubiese atendido mis hallazgos
de astrología en el año dos mil,
habría aceptado que me abandonaría
a sus treinta, durante mi viaje a América.

Añadiendo desprecio al desamor,
las autoridades leyeron mis textos,
anatemas a políticos y figuras,
a la manera de Swift y de Wilde.

Irlandeses que nunca se rindieron,
y fui espiado por dos años de hierro;
mi equipaje perdido o registrado,
sin hallar nexo alguno con septiembre.

Al fin me sacaron del tren de París,
diciéndome que parecía terrorista;
me despedí, agradeciendo ser elegido,
broma para vuestros peritos fuego:

Si elegido por manos policiales,
o elegido de Cristo o de Alá,
o elegido del terrible Marte,
según sus conjeturas delirantes.

Optaste entonces por darme muerte
el siete de julio de dos mil cinco;
mas antes de ejecutar vuestro crimen,
Dios os dejó, y el terror acudió:

Terroristas foráneos en tus calles,
y días después me buscasteis de nuevo;
y asesinasteis a otro hombre inocente,
confundidos por prejuicios raciales.

Pero en ese limbo me diste Londres:
miles de libros leídos en silencio,
mientras doblaba camisas de niños,
y paseos que aún hoy perduran.

Por Hyde Park y por Regent's Park,
como sueños que el tiempo no disuelve;
y el palacio de Kensington fue mío,
míos tus cisnes, tus rosas, tus parques.

Acapulco

Eran tan semejantes
como las olas de un mar sereno,
y a la vez diversos
como las rocas que lo habitan
en sus profundidades más aciagas.

Sobre el camino pedregoso
levantaron nubes
que un viento de mayo recogió
y ofreció a hados egoístas.

Por las calles más antiguas intrigaron,
sin su historia y su anatema,
edificando castillos
que ya nadie quiso edificar.

Dios, a través de Swedenborg,
me envió a ese terruño
para que diera lo mejor de mí.
Retorné como maestro,
portando el arte solitario,
la creatividad sin modas,
el hilo espiritual que acusa conflictos
con historias que estremecen.

Escribí ante ellos un guion de cine,
mas creyeron que tanta bondad
guardaba un fin siniestro;
desconfiados, arrojaron piedras
contra la obra construida
hasta quebrarla en anatemas.

En las manos siniestras que invocaban
hoy divaga
un caudal de mediocridad y de subempleo,
sin tierra que sembrar,
sin Dios que, como antaño, los escuche.

PARIS

Llegué a ti como D'Artagnan,
en la flor de mi juventud,
habiendo enamorado
a una de tus hermosas doncellas.

Tantos libros y poemas me alentaban
a creer que tus calles eran mías;
y, como Voltaire,
corregí a tus astrónomos,
llamándolos charlatanes metafísicos
en una era que consume teorías
sobre nuestro origen y nuestro fin,
como en los tiempos de Anaximandro.

Previsto por Nostradamus, en julio
de mil novecientos noventa y nueve
viajé desde Oporto a Charles de Gaulle,
Rey del terror y de la bondad.

Celebré mi fe en un Creador omnipotente,
lo que desató la ira de tu burguesía;
en vísperas del once de septiembre
me entregaste a los invasores ingleses,
sin escuchar mis argumentos, inocente.

Regresé por mandato divino
a procesar mi visa de trabajo hindú,
y tus burócratas dilataron mi estadía,
ofreciéndome lavar dinero: una trampa
que rechacé, apoyado por amigos.

Uno tras otro, mis atacantes fracasaron,
y marché de ti como Edmond Dantès,
castigado con falsos testimonios;
encerrado fui en una torre,
abandonado por mi doncella.

Allí, como ya sabes, recibí
todos los tesoros del orbe:
la potestad de Cristo en Montecristo.

Chennai

Fueron tus astrólogos quienes me convocaron,
lacayos de los dioses que, por sus agüeros,
esperaban obtenerlo todo
a pesar de sus desmanes.

Y, como a Aladino, me ofreciste riquezas
para encerrarme en una torre abandonada
que ratas y alimañas compartían.

Acepté tus desprecios por tus conocimientos,
los mismos que le fueron negados a Aristóteles
cuando Alejandro fue rechazado en tus arenas.

Acepté tus intrigas, tus humillaciones,
por escribir la obra inmensa
que Dios demandaba.

Al cabo descubriste en mí a Shiva encarnado;
pero, incapaz de aceptar su comunión con Dionisio,
me llamaste Ashwatthama, el que jamás muere,
y enviaste —como hacen tantos ancianos astutos—
a tus niños a desafiarme y destruirme.

A mis pies, tus asesinos se hincaban;
y, desesperado, me enviaste a otras tierras,
suplicando a otros que me destruyeran,
como en Londres, donde atentados de ajenos terroristas
explotaron antes de llamar a mi puerta.

Suplicaste que abandonara el Indostán;
por respeto a tu edad, obedecí y partí.
Pero, al saber que me casaba, conspiraste,
y tu ciudad fue inundada por el mar.

Lejos de desistir, continuaste,
creyendo que podrías arrancarme mis secretos,
evitar que Shiva se manifestara.

¡Qué caro pagaste tu osadía!
Haciendo de un estudiante tu traidor,
una enfermedad lo arrebató a los hades;
desde allí os acusa de haberlo obligado
y me revela en las noches tus temores.

HYDERABAD

Prometiste convertir a actores en seis meses,
presentando a celebridades como sabios,
impostura que creíste subsanar
contratando a un pretencioso americano.

Tu primer semestre fue un desastre;
entonces un antiguo estudiante mío
os habló de mi conocimiento y mi talento.

Me contrataste como contratabas a tus obreros,
esperando extraer mis secretos,
como si el saber fuera un misterio
y no un don que la bondad otorga.

Y por un salario menguado,
por un viaje de quince días a París
y un apartamento de dos pisos con terraza,
acepté educar a nueve actores sin experiencia.

Al mes ya actuaban; a los dos, los contratabas,
y, presa de envidia, solicitabas mi retiro,
insistiendo en que actuar no es cuestión de saber,
sino de talento, suerte e influencias.

Ordenaste mi muerte y fracasaste siete veces;
al cabo partí, instigado por falsos amigos.

Al año, la celebridad que tantos aplaudían
y que dio esas órdenes expiraba,
arrepentida de haber atacado a sus dioses.

Rodé y actué en *El bucle de Dios,*
retrato de mis pasos en tus parques.

FRANKFURT

Desde la adolescencia quise viajar a ti,
conversar con Kant y Schopenhauer
y con sus prestigiosos descendientes,
autores de un imperio reconstruido.

El cine de Lang, Herzog y Fassbinder
anunciaba metrópolis cosmopolitas.

Pero un español que cruzamos en el camino
nos advirtió que despreciabas lo extranjero,
argumento que me apartó de tus senderos.

Obedecí a mi padre y viajé a América,
donde estudié a Hegel y Nietzsche.

Me ofreciste una beca sin estipendio,
como la tendría cualquier advenedizo
que solicitara estudiar en tus predios.

Solo cuando vivía en el centro de Londres
una amiga enamorada me invitó a su boda.

Feliz, conversé en el alemán
que tantos años cultivé;
mi tardío regalo fue una ofensa involuntaria
que me excluyó de visitantes más prósperos.

Amé tus museos y avenidas,
como ya amaba tu historia y tus poemas;
y la vida me trajo tres veces a tus calles.

La primera vez, un ciclista me insultó;
la segunda, un árabe te redimió;

la tercera, un marine quiso matarme.

Pero la ira del Señor lo doblegó a mis pies:
como una lombriz cercenada se alejó.

¿Por qué conspiraste contra mí?
Mi protección te llevó a intrigar
con un futbolista, una ministra y un Papa.

Demasiado tarde reconociste
a tu dios Thor.

Querétaro

Escuché de tus periodistas angustiados,
y, sabiendo que quienes me atacan perecen,
solicité a Dios que me enviara a tus fauces.

Al año, una antigua compañera me escribía
para ofrecerme dar cursos a tus críos,
vástagos de millonarios, legales o ilegales.

Al llegar, comenté las maravillas
que Dios había hecho en mi carrera,
protegiéndome de sierpes y dragones,
sin saber que hablaba a hijos de coyotes.

Docentes iniciaron la intriga
para demostrar que solo los locales reinan,
y fui atacado por una jauría en clase.

Una a una cerré sus mandíbulas hirientes;
uno a uno expuse sus embustes.

El hijo del narco más poderoso
fue incapaz de soportar mi frase:
«Soy un colombiano protegido por Dios».

Y, sin disimulo, abandonó la clase
para solicitar a las directivas mi renuncia.

Escribí una obra de teatro,
Crimen e Impunidad, sobre jóvenes
de millonarios que asesinan inocentes,
sin saber que tal era tu drama de diez años.

Aterrorizado, me indemnizaste
y ordenaste mi partida.

La obra fue estrenada en Bogotá en 2015.

Ofendida, organizaste una celada
dedicada a la Santa Muerte
y me invitaste a actuar en Ciudad de México.

—«Es imposible que organicen», me dijo un actor,
«un festival para presentarnos tan súbitamente».

—«No te preocupes», respondí,
«si sus intenciones son perversas,
jamás iremos a Ciudad de México».

A la semana, Peña Nieto cancelaba su convite.

Encontraron una fosa con cadáveres
de docenas de estudiantes mutilados.

Bacatá

Construí tu mayor catedral:
en sueños me fue revelada
una tragedia en verso sobre tu violencia,
Medea Bacatá, solo de música carecía;
y hoy dicha música te entrego.

En ti construí la síntesis del mundo:
el teatro, espejo del orbe y sus criaturas;
pero estabas contaminada de ignorancia.

Creías que los demagogos progresistas,
que justificaban con descaro el nepotismo
heredado de los virreyes españoles,
eran tus guías.

Por eso me negaste tus palacios;
sabías que mi honestidad era peligrosa
y preferiste a violadores infantiles,
entregándoles las curules del Senado.

Ya había representado en Los Lagartos,
comedia bufa para elecciones presidenciales,
los desmanes de tu nepotismo servil;
y, en lugar de agradecerme, te ofendiste.

Un actor fallido juró que me destruiría;
zombi se le ve deambulando por las redes,
adulando sin César a un Calígula criollo.

Gustavo Petro, quien ordenó atacarme,
y atacado ha sido por las Furias del Cielo.

No temo revelar sus complicidades,
todas sus conspiraciones,
todos sus inmerecidos caciques.

Soy el Creador en Su profeta,
quien ya no soporta esos desprecios
quien expone crímenes y corruptelas.

PLEGARIAS

Allí, Señor, me entregaste un modesto refugio
Bajo un techo tranquilo,
Que desconoce la agitación,
En dónde los días más difíciles
Caen incesantemente, espesos
Como la mermelada de mi cuchara de té

Bagritsky

Gratia Plena

Cuando instigaba yo a la noche,
cuando brotaban mudas las tumbas,
cuando mi voz se me escondía,
cuando ella, en sombras, moría.

Cuando mis amigos me vejaban,
cuando del podio descendíamos,
cuando los más allegados huían,
cuando en un abrazo me perdía.

Cuando los templos todos caían,
cuando escenificábamos el mundo,
cuando velábamos sus ruinas,
cuando ardían girasoles y campos.

Cuando el norte emergía y se hundía,
cuando los trabajos ya cesaban,
cuando el desdeño nos asediaba,
cuando entre pesadillas partía.

Cuando, despojado, yo clamaba,
cuando mendigaba allá en el cabo,
cuando el cónyuge perdía de vista,
cuando sobre el mar solo vagaba.

Cuando clamábamos en otros idiomas,
cuando naciones hostiles despuntaban,
cuando la ley se nos imponía,
cuando la noche entera cubríamos.

Allí, tú siempre, en el silencio,
allí, constante, me aguardabas;
allí, tu voz y tu promesa,
allí, callada, siempre estabas.

Dominus Tecum

En noches abatidas apelé a ti,
para que protegieses el naranjo
que mis ancestros deshojaban;
ardió, y de sus cenizas brotó un huerto.

Te presentía en noches sinuosas,
cuando, culpable de extirpar mi culpa,
atentaba reducir el orbe
a la crueldad más absoluta.

En ti, la humillación y la espera,
una virtud que el tiempo acuna;
a orillas de un caudal lejano,
donde el sol doraba su espuma,

ante mí fulguraste, sosegada;
cada madre irradiaba la luna.
En tu luz, el aleteo de las aves,
la caricia del ciervo en tus cabellos,

la tersura y fragancia del olivo
son destellos de un día apacible.
En tu serenidad la creación cavila,
y el error se vuelve divisible.

Salvando a fariseos y aduladores,
compartes sus abismos infligidos;
consuelas en cada vacilación
la muerte que deja vencidos.

Sufrimientos: árboles de frutos,
aristas de un diamante depurado,
murallas que devinieron colmenas,
sangre en la espuma de un mar azulado.

Tu sal, esa luz que nos sustenta;
tu presencia amaina los torrentes;
ni las burlas ni los recatos
nos separan ya de tus fuentes.

Al abarcar las laderas del mundo,
descubro tu abrigo en la espesura;
abrigo que aun en los desiertos
crece con secreta ternura.

La armonía de una hoja me acompaña,
la nieve cayendo en la arboleda;
el sol que calma, al reflejar su rostro,
todo cansancio nos remeda.

Voluptuoso, egoísta, indeciso,
y aun así tu reminiscencia me concilia
con la mortalidad y cada flaqueza
que de la vid de mis penas se destila.

Que las lápidas abran sus candados,
desvistiéndose de jerarquías y dominios;
la resurrección sucede en el lamento
que clama por los justos e inocentes.

Entre los elementos,
tu amparo, el más tangible;
perenne, intacto, invencible,
amor, amor, amor sin muros.

Magallanes

También el mundo, entonces,
en su circunferencia acaba;
en otro tiempo mi aliento
cruzaba grácil las fronteras.

Cada viaje era intrépida partida,
una despedida cándida de niños;
marineros nutrían mis esfuerzos,
ni nubes ni zozobra me arredraban.

Alguna vez codicié el mundo,
alguna vez renuncié a él;
perdí,
tal vez gané.
Desnudo me has enviado,
desnudo he de volver.

Pocos sabrán de mis abrazos;
feliz alimenté a las gaviotas,
que jamás inquirieron mi pasado;
hambriento, habría quizá sobrevivido.
Destituye mi lejanía, Madre;
el silencio carcome cada logro,
y permite que mi sangre fluya con la tuya,
que en el paraíso reviva sosegada.

Ya no embelleceré más mi jardín,
envenenando caracoles a babor;
ya dejaré que mis flores sean pasto
de esas alimañas desvalidas,
peregrinas como yo.

Confesión

En los viajes lo perdemos todo:
el armario, un gato, una vecina.

Laminado de espejos y sonrisas,
su tocador descansa frente a él,
cicatrizado por un afiche roto
de cuatro ídolos ya difuntos,
vestigio de un inquilino herido.

Sobre sus goznes, su espejo refleja
un rostro en la mañana: ánima en pie,
inquebrantable en toda su escritura,
imagen que difiere de otra imagen
que acaso he recreado de mí mismo.

La precocidad de mi infancia,
los embates de aquella adolescencia,
la lascivia de mi juventud lozana,
el ingenio sereno de la edad,
encaran esa muerte ya palpable,
destrozo que los espejos guardan.

Una mujer te dijo que su hermano
—lo han visto al sur de Francia—
era mi Doppelgänger, un pintor,
cónyuge de una joven francesa.
Ahora él observa mi reflejo,
como yo el suyo en este espejo.

Pues soñamos lo que ya nadie sueña,
y traduzco este caudal furioso
que tus preceptos dictaminaron:
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
divinidades mías: ¡mi Alter Ego!

Adonaí

Sobre las dulces cañadas de los Andes,
solo tú, Adonaí, me salvaste del puñal;
me entregaste tu saber, oh Adonaí.

Al viento de los páramos ya intuía
que el abismo en que nacía no era mío.

Uno a uno desciframos cada reto,
el maná que nunca llega tarde;
mis cicatrices lo atestiguan,
luna que sostiene a cuerpos celestes.

Adolescente aspiré a ser el tiempo,
mas el tiempo, Adonaí, mostró flaquezas;
desterrado por parientes afables,
entregué al más allá lo más sublime.

Solo, distraído y errabundo,
fui Hamlet, fui Prometeo, fui Shakespeare;
los versos más hermosos inflamaron mis deseos
y las desventuras de mi lozanía.

Ranas croaban ante luces repentinas;
las ilusiones eran plenas, plena la esperanza,
aunque la noche y sus excesos contrariaban,
uno a uno esos devaneos se estancaron.

En las columnas de Hércules quise ser,
y sobreviví a la ponzoña de tifones
que usurparon mi talento y escaparon;
el mar aún los guarda en sus tormentos.

Al comprenderte, fueron tantas las alegrías
por las calles de Manchester y Barcelona;
viví de pensamientos, como aquel desconocido
que propagó mis palabras y fue asesinado.

Si íntegro, fui fiel a tus preceptos
sobre las modas de Colombia, India o Portugal;
creí en tu palabra y evité la intriga,
vieja guardiana de modales obsoletos.

Comparado con Míster Smith en Washington,
durante el año más incierto y peligroso,
tú, Adonaí, insuflaste mis defensas,
y denunciamos en el soborno
la caída de lo que fueron y serían.

Orando recobramos cada esfuerzo,
y si muero al alba, regreso
sin perder mis ilusiones más truncadas:
lejos de mí, ¿quién las cuidaría?

Londres, 4 de julio de 2004

En tu Mar

Sé que antes de vivir ya elegía
mi destino entre tifones y arrecifes;
qué poco consciente fui del peso
de los años, cuando enferma quien amamos.

Inútil confiaba en muerte pasajera,
como tantos ancestros que cayeron
al vaivén de batallas y elecciones
sobre las hondas cañadas de Colombia.

Ya niño me guiabas en mis lecturas
por calles de Montmartre y Covent Garden,
por arenas de Alejandría y Cartago,
hasta dejarme en Stratford, junto al Avon.

Grande ha sido mi fe, grandes sus pruebas;
si presuntuoso abusé de tus favores,
cabizbajo ahora apelo a tu sangre:
ya sufrí por ti —me dices—, vive.

Morías y volvías a la vida
a tus treinta y tres años, denunciando
a aquellos mismos a quienes perdonabas;
así también denuncié otras mentiras,
aprendiz que tan solo prosigue tus pasos.

Londres, 28 de mayo de 2005

Al Suicida

¿Qué puedo esperar, si todo está perdido?
¿Cuándo lo que expresé
ya no lo puedo alzar en otro altar?
¿Cuándo la lluvia, al fin recobrada,
no me estremece y huye?
Me alejé de mi jardín: está baldío.
¿Sembraré lo marchito
en la resaca de su indiferencia?
¿Cuándo mi rostro es llaga?
¿Cuándo imagino ya sus derroteros?

Yo, amante en pleno vendaval,
botella rota que los ebrios burlan
y los aduladores arrojan,
temerosos aún de su filo.

Mas los días nuevos también sanan.
Jamás dejaste a David ni a Salomón.
Miro a mi entorno y escucho:
¿cuántos caen y aun así siguen su senda?
¿Cuántos, destruidos, no lo están del todo?

Penitencia

Intimidados por sus propios deseos,
los jueces de Salem impusieron modales
que solo al quebrantarse complacían:
hipocresía, ese pecado original,
no la manzana del Edén, sino el engaño,
no el coito, sino herir la dicha ajena.

Quienes juegan al éxtasis no te hieren,
quienes aman al Ser no te condenan;
amor carnal y amor conyugal cohabitan
—lo prescribió Emanuel Swedenborg—,
como el paraíso y también el infierno,
como la riqueza y la pobreza.

Viví una gran pasión, sí, la viví;
sin aquello que en ella me entregabas,
me nutro de las migas del camino
y las comparto con otros convictos.

Mas no desconozco ya la alborada,
ni la sinfonía leve de las tardes;
por ello coso todos mis retazos
sobre los anatemas del camino.

A Jesús

Si ellos entendieran tu promesa,
el paraíso cierto de tu amor,
de un corazón por siempre compasivo,
dejaría mis obras y mis días,
y andaría en el mundo de los otros.

Mas oigo su dolor y alzo mi voz,
y tú me ordenas ir más alto aún,
para que escuchen otra vez lo justo,
y no tan solo por tu sacrificio,
sino por la obra que tu amor me inspira.

¿Qué fuera de mi ser sin tu designio?
¿Qué valen noches frías de letargo,
escribiendo en castellanos versos,
según mandaste un día en tu silencio,
las visiones que en éxtasis me entregas?

En noches de vigilia me interrogan
si no es mejor vivir como los otros,
bromeando, apenas sosteniendo vida,
padeciendo los males del olvido,
y confiando en su estirpe la esperanza.

Mas el Espíritu me dice en sueños:
«Obras bien haces», firme me repite;
y curo al que en su senda va doliente,
sin atender al peso de su silencio,
pues tal fue tu mandato y es el mío,
ocultar nuestra esencia, hasta que
al fin nadie niegue tu regreso.

Juzgando a reinos, hiriendo al malvado,
no en las obras, sino en su destino,
que juntos ya escribimos para el mundo,
de cada ser, de cada leve brisa,
de cada araña y cada hoja
cuidando al frágil, velando por los niños,
y por los animalillos que sin voz te llaman.

Esfuerzos

Por los senderos de Troya y Parnaso,
todo lo forjado al fin se disuelve;
Babilonia y Cartago arden juntas
para renacer en su infeliz memoria.

Sin conocer su azar, el mundo sigue;
probé lo dulce y amargo en un soplo;
era tu creación, yo era tu hijo,
y profané el fruto prohibido;
y en mi imprudencia cayeron normas,
y leyes que dictaban su dominio.

Delaté a los astutos en su fraude,
y amé a los tristes, a los olvidados;
renuncié al vil soborno de los hombres,
y leyes contra mí fueron cayendo
ante la fe constante de los días,
vadeando los ataques de las sierpes.

Prosigo así hacia el alto Parnaso,
mientras aquellos, vanos en su empeño,
retoñan y fenecen en sus ideas,
que mi presente niega, y tu pasado.

El Azar y la Niebla

Al confín de la tierra hemos llegado

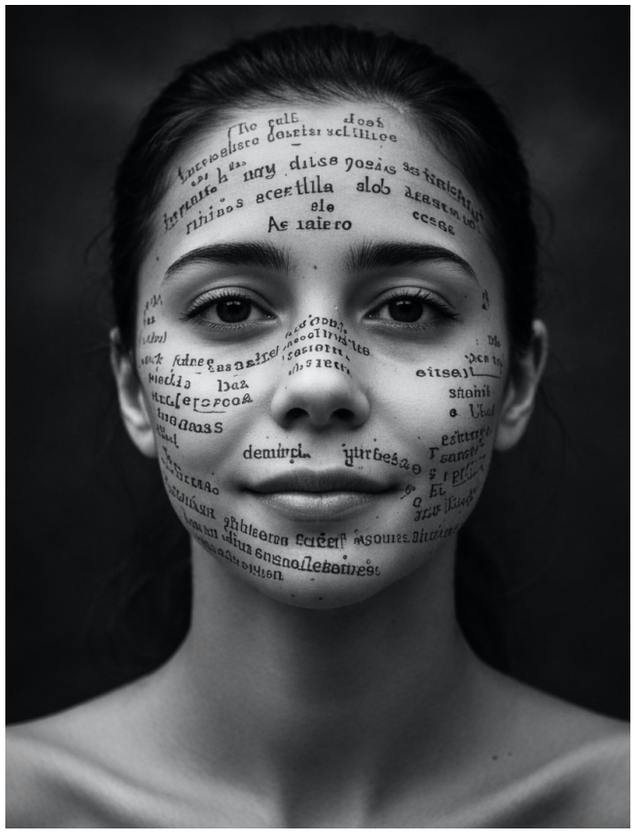
Esquilo

Heridas

Pasa la tarde como alhelíes sobre el agua,
al compás de una melancolía,
y veo en el azar y la niebla mis espinas
incrustadas
en heridas que el vivir nos deja.

Ojos

La tristeza es esa ave que se escapa
desde las tardes silenciosas, moribundas.
Una mirada, un cuerpo, una sonrisa
que huye de unos ojos suplicantes
sobre nenúfares que prometían sostenernos.
Vaho que se desliza y que proclama
que aún somos quien ya no seremos.
El púber que espiaba a la dama de la esquina
sin reparar en su doncella enamorada.



Represiones

Esta marcha por zozobras
no es mera ausencia de la miel y del aroma,
de la nube que tejimos juntos,
de la cópula sobre calzadas furtivas.

Medicamentos apaciguan
las lamentaciones de un abrazo,
mientras insectos y alimañas
avergüenzan esta compulsión de nervios.

Ni las estrellas en su andar constante
habrían apreciado sus batallas,
por no ser una sombra entre las sombras,
ni ausencia de la vida, voz sin harpa.

Ya Eurípides reprendía
la ingenuidad o el brío del rebelde.
También yo podría haber cesado
en los lúbricos abismos de los Andes.

Incertidumbres

Presenciando las ventanas,
añorando los meses y los años,
repasando las excitaciones diarias,
hacemos un nuevo destino.

Una feijoa compartida
nos deja en una isla equivocada,
en donde la concepción renace
hasta el atardecer postrero.

Al filo de otro beso,
ante desconocidos, niños, familiares
y mascotas que recorren las calles
hacia abismos y accidentes.

Así sobrevivimos misteriosamente,
cargando fardos de aluminio
sobre los campos floridos de Kissimmee:
la virtud, nuestra anatema.

Bardos

Sobre nebulosas, noche hendida,
desmiembra al visionario en desvarío;
lo arrastra por la grieta enardecida
donde el tiempo se pliega en su extravío.

—¿No es vivir —refunfuña— repetida
historia sin memoria y sin rocío?
—Sé lluvia —dice el genio en su caída—,
no abraces vanidad ni señorío.

Prefieres lo más alto y lo sublime,
mas yaces en la trampa de la ira;
¡culpa y ajusticia! El mal redime
a quien al filo oscuro se retira.

Pezuñas rezumantes de congoja
te cercan con su hálito sombrío;
la súplica retumba y se despoja
de agravios que se anegan en vacío.

Huyen demonios, tiemblan en su herida,
los duendes ante un hálito radiante;
y una voz, más serena y contenida,
confunde al que se cree triunfante:

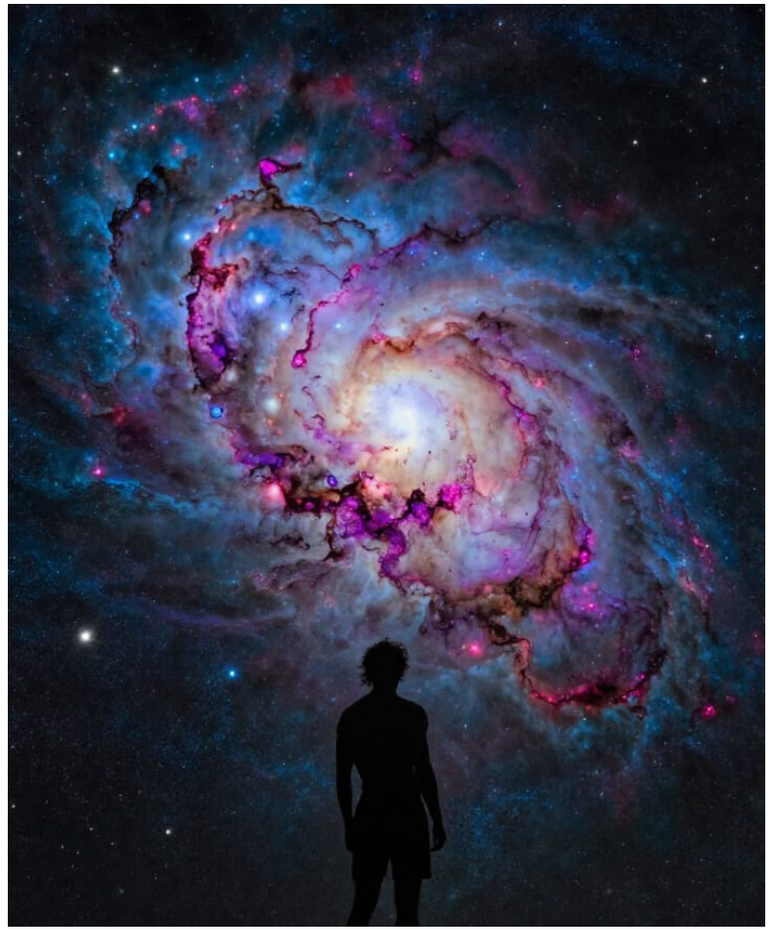
—Hombre fui, y en el hombre permanezco,
consuelo de los siglos venideros;
la vida es un recuerdo que ofrezco
al cauce del Estigia en sus senderos.

Tus días bordearán incertidumbre,
y en perfidia hallarás tu vana gloria;
el falso metafísico, en costumbre,

combatirá la luz y su memoria.

A San Rafael y al coro de poetas
opondrá su quimera y su locura:
victorias sostenidas en tretas,
perfidia de demonio en noche oscura.

Lujuria pasajera los seduce,
ardid que al hombre arrastra a su maldad;
mas el ángel, que ansía eterna luz,
desdeña su efímera impiedad.



Civilización

Cuando las estrellas descendían
a copular con sus mujeres,
los cavernícolas convivían,
afines a la gacela, el tigre y el venado.

Nuestro sino: desconfiar de una dádiva
y engañar a quien nos ha ofendido,
recibiendo poco cuando fuimos pródigos.

Ennui

Caigo en mis sueños
desde jaulas inclinadas.
Caricia verde e inerte,
otoño de una voz perdida,
eco de una piel lozana,
secreciones que infectan.

Trozo de arcilla,
necio como la noche,
apegado a desconocidos,
haciendo de cada amargura un hito.

Esta carne, esta bebida
apaciguan la náusea
que la egoísta madurez fabrica:
repetición u olvido
al compás del humo y la bebida.

Aquí la oscuridad es más tranquila,
afín a la paz siniestra de un embuste.
Aquí el tedio más recalcitrante
es un ritual oficiado por farsantes.
Aquí la humanidad acaba
en Marte y Afrodita,
en el puñal y el adulterio.

Otros labios habrán de repetir
esa letanía que pronuncias
hasta el fin de los adioses,
lejos de la casa junto al lago
que alguien, alguna vez,
nos prometiera.

La promesa

Ni la furia
ni la melancolía son consuelo,
solo los recuerdos más fortuitos.

Creé y no creí,
creí y no creé,
amé y desamé,
hasta que creí, creé y amé.

Vislumbra que jamás lo has comprendido,
o no has tenido la oportunidad:
hay secretos que solo la aflicción revela.

Coincidencias

No es lógica la vida,
ni el rocío que encontramos a la aurora.
No es casual el plenilunio ni su ausencia:
el universo es el absurdo más hermoso,
quien confabula la rosa y tu presencia.

Veranos

Rumoran los hombres humores y amores,
levantan las alas nuevas alboradas,
y mueren los toros sobre las calzadas,
nutriendo los tronos de las hondonadas.

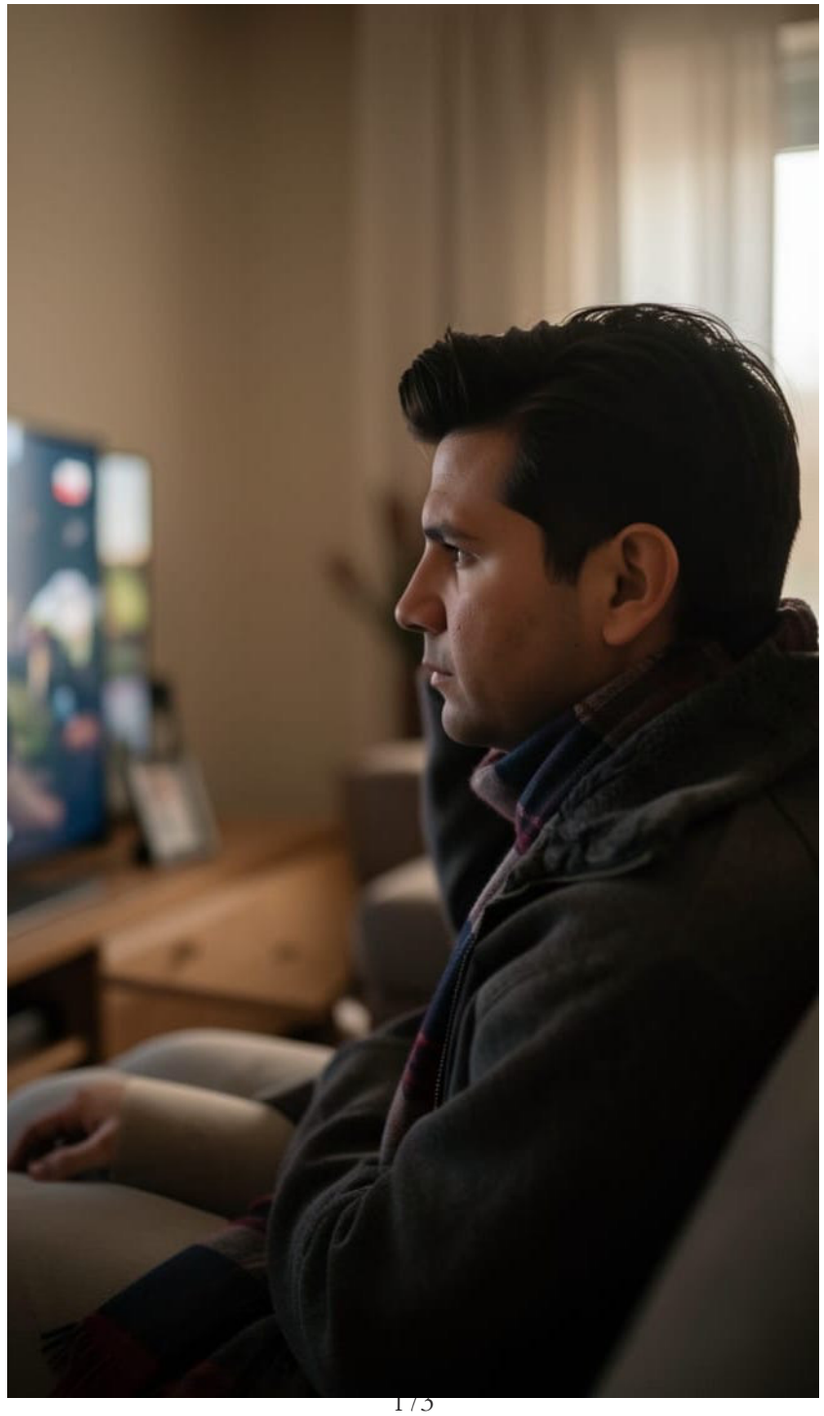
Ilusiones

Las noches habitan en mí
y en el silencio, frente a dos Biblias,
sobre un vidrio construimos.

A menudo recobro mi tristeza,
frecuento sus callejuelas oscuras
y revivo aquel día,
día tan fausto como mi desilusión
o desengaño,
en que dejé los submundos y sus seres,
ya deshechos como esta,
mi joven arcilla,
para abordar piratas que partieron
a la zaga de carabelas italianas,
en donde niños alienados sufrían.

Si compartimos placeres mundanos,
siendo pasajeros ya pasaron
al eco de gritos inmigrantes.

Es tan fácil compartir
un abrazo en las ascuas de una pena
hasta que aprendemos,
tras congojas y recogimientos
que solo nuestros propios brazos
nos soportan, himeneo
que avergüenza lo pasado.



Proof